16

Tipos de mi Tierra

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

86-4 (46.851)
360-3 Pereyra de Armas, Miguel

Tipos de mi Tierra

ESTUDIOS DEL NATURAL

POR

MIGUEL PEREYRA DE ARMAS

Con un prólogo

DE

DON ANTONIO ZEROLO

TENERIFE

IMPRENTA DE LA LAGUNA

55, Herradores, 55.

1897

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Esta obra es propiedad de su autor.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

TIPOS DE MI TIERRA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

* * *

No tome el lector por prefacio, prólogo ó *liminar*, como diría Salvador Rueda, estas líneas. Son sencillamente el reflejo, aunque pálido—pues todo lo que se refiere al sentimiento tiene mucho de inefable,—de las impresiones recibidas por mí al ver desfilar en las páginas de este libro "Los Tipos de mi tierra," los cuales, descritos admirablemente, marcados con el sello de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

la realidad, da hoy á conocer mi amigo y paisano, D. Miguel Pereyra, distinguido escritor que siempre ha puesto su pluma al servicio de los ideales del Arte.

Redivivos por la varita mágica de la fantasía, dibujados con riqueza de colorido, llenos de *calor de humanidad*, "Los Tipos de mi tierra," después de pagar hace bastantes años su tributo á la muerte, han logrado el privilegio de convertirse en personajes literarios, de alcanzar una segunda existencia, sin duda de más duración que la primera, merced á los esfuerzos de memoria y ejecución que ha hecho, por amor á su patria, el Sr. Pereyra.

La literatura regional, tan en boga, y de la que es maestro el insigne Pereda, ha tenido también entre nosotros dignos cultivadores. El primer libro que con esta tendencia ha visto la luz se debe á los Millares, dos jóvenes dotados de fina observación, que confirmaron en las escenas y paisajes "De la tierra canaria," las esperanzas

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

que desde sus primeros ensayos hicieron concebir.

¿Cómo no acoger con aplauso esta segunda obra de la serie, que contando con el progreso que se opera en todas las manifestaciones del espíritu, continuará en adelante? El Sr. Pereyra, que en esta tarea ha mostrado la ternura de su corazón de patriota y los primores de su ingenio de escritor, no ha querido buscar por ahora asuntos fuera de nuestro horizonte; comprendiendo muy bien, que donde quiera halla materia laborable un buen artista.

Para un alma del temple de la suya, no podía pasar inadvertido el prístino encanto, la original belleza, la dulce placidez que dan el alejamiento y la soledad, la incomparable naturaleza de nuestra Isla que, en cierto sentido, pudiera llamarse la Venecia del Archipiélago.

Próxima al Africa, con la que tiene más semejanza que las demás; con un *suelo pródigo en ricos frutos, que allí,*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

hasta la arena es fecunda; surcada por torrentes de lava que acusan grandes conflagraciones cósmicas; con montañas que parecen fraguas de Vulcano, y que se apellidan *del fuego;* con árboles y plantas que crecen lozanos y pomposos, formando masas de verdura sobre la abrasada superficie, verdaderos oásis que rompen la monotona perspectiva del desierto; con un mar sin olas y sin espumas, dormido como un lago y transparente como un cristal; con un ambiente tibio de primavera donde se percibe el aroma de las flores de todas las zonas y el excitante olor de los mariscos que se crían abundantes y sabrosos, como en ninguna parte, en sus costas; con la variedad de aspectos y puntos de vista que mantienen viva la curiosidad en el viajero; con los extraños nombres de sus lugares que recuerdan los del continente vecino; con la novedad que ofrece y las sorpresas que guarda, Lanzarote será siempre objeto de predilección, no sólo para sus hijos, sino para

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

todos los que sepan sentir la poesía de las cosas.

En Arrecife, su capital, residieron "D. Benito," "D. Demetrio," "Sr. Mateo Antonio," "Maestro Colás," "el hermano Bonifacio," "D.ª Marta," "Pepe Placenta" y los demás que no cito, quienes, como otros tantos Lázaros han dejado el sepulcro evocados por Pereyra.

Algunos de estos *originales*, particularmente los que intervienen en "Cuadros vivos," pueden servir de estudio para una novela de costumbres; los que frecuentaban "La Caseta del resguardo," nada tienen que envidiar á los héroes de las narraciones marítimas de Fenimore Cooper. Y véase como—insisto en esta idea—sin necesidad de acudir á las grandes poblaciones, á los centros en que es más vertiginoso el movimiento social, se encuentran modelos, se sorprenden luchas y pasiones y se descubren vicios y ridiculeces que, como mina inagotable, explota el escritor. Es preciso traer

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

al campo de la literatura savia nueva y ensanchar los moldes de la creación artística. A este espíritu de renovación que considera la vida humana en toda su complexidad, asignándole por teatro lo mismo la aldea que la corte, ha respondido como nadie en España, Feliú y Codina. Así hemos podido contemplar en la escena la interesante y dramática figura de "La Dolores," y saborear "Miel de la Alcarria."

No dejarán de ser seguramente menos interesantes "Los Tipos de mi tierra," porque hayan nacido en apartado y obscuro pueblo de una isla oceánica.

El tino en la elección de asunto y la maestría en el desempeño, son los factores que deben decidir del éxito de las obras. Y en la presente creo que no falta ni lo uno ni lo otro. Hay en ella apreciaciones, maneras de sentir y de juzgar, manifestaciones de un criterio independiente, reflexiones personales respecto á todos aquellos puntos que, salvando la unidad, tienen que tratarse aun dentro del trabajo menos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

tendencioso, que dicen los alemanes. Entiendo que no son estos los elementos que ha de recoger la crítica para formar juicio en materias literarias. ¡Medrada estaría la literatura si hubiera de someterse en sus concepciones al estrecho exclusivismo de la opinión de partido ó del espíritu de secta! Podemos estar en desacuerdo con las ideas de un autor y admirarle como artista. Y es que el arte tiene finalidad propia: la expresión de la Belleza: todo lo demás es, si no extraño, secundario.

Desde luego se echa de ver en todo lo que produce, que Pereyra es *realista;* á veces como es fácil demostrar leyendo algunos párrafos de sus escritos, se pasa al *naturalismo;* pero estos son achaques de escuela, que no empecen al mérito de la obra. Lo bien concebido y bien expresado, no deja de serlo porque el escritor se inspire en el código literario de éste ó el otro maestro, Hugo ó Zola, por ejemplo.

A este propósito escribía el malogrado Revilla: "El crítico imparcial

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

en el buen sentido de la palabra, tiene un sistema, tiene su escuela, su doctrina; pero la justicia, por una parte, y su buen gusto, por otra, le impiden censurar aquellas obras que, siendo positivamente bellas, no encajan en los principios de su sistema."

Si esto es aplicable á los que ejercen la crítica ¿con cuánta más razón lo será á los que, meros aficionados ó *dilettantes*, sólo aspiran al gozo estético, sin sujetarse á ideas preconcebidas? Confieso que soy de estos últimos; que no renunciaré á esta especie de eclecticismo que, dejando á un lado escrúpulos de escuela, me permite admirar *todas* las obras *positivamente bellas* del ingenio humano.

En resumen, como hijo de Arrecife, de aquella peña, "por pobre é ignorada más querida," y como devoto de la literatura, saludo con alborozo la aparición de estos estudios del natural. Para los ausentes de la patria, siempre serán un consuelo. Tan magistralmente descrita está en la *Introducción*,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

que se siente uno profundamente emocionado, creyendo tener delante los sitios que fueron teatro de los juegos de su infancia.

El lago salado, que mece sus tranquilas aguas al Norte del incomparable puerto, y que figura en mis recuerdos de niño con el modesto nombre de "Charco de San Ginés," aparece verdaderamente fotografiado por Pereyra. Lugar predilecto para todo el que haya nacido en Lanzarote, ha merecido los rasgos más felices de su pluma.

De aquel pequeño mar ¿quién no ha sido Colón? ¿Quién no ha guiado su barquichuelo á través de su tersa y líquida llanura? ¿Quién no ha ido allí á *barloventear,* placer que sienten como nadie los lanzaroteños?...

Yo también *he echado barquitos* en aquella "albúfera hermosa," como gráficamente la llama Pereyra. Uno de mis hermanos, que entre otras prendas, nos aventajaba á todos en habilidad técnica, era el encargado de proveerme de *balandras, goletas y bergan-*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

tines para nuestras infantiles regatas. Declaro, que cuando mi *buque* llegaba el primero al punto designado como meta, me sentía más ufano y satisfecho que el inmortal Genovés al pisar la tierra descubierta; la cual, según el feliz pensamiento de Schiller, de no existir, Dios la hubiera sacado del mar para premiar la fé del gran navegante.

Compréndese con cuanto interés habrá recorrido mi vista las hojas de este libro. Su lectura ha sido para mí como un retorno á la patria inolvidable.

Están, pues, de enhorabuena Lanzarote y las letras canarias. El único desacierto cometido por Pereyra—el lector lo notará—ha sido encomendarme, careciendo yo de autoridad para ello, la honrosa misión de presentar al público "Los Tipos de mi tierra."

ANTONIO ZEROLO

Octubre de 1896.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

TIPOS DE MI TIERRA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

TIPOS DE MI TIERRA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Dedicatoria

Arrecife de Lanzarote

Ningún sitio más adecuado á grabar la inscripción expresiva del sentimiento ó de la idea en que el artífice se inspirara al concebir y realizar su obra, que el frontispicio de la misma. Por eso estampo aquí el nombre de mi patria: al amor que la profeso y á los gratos recuerdos que de ella guardo, debe este libro su existencia.

El autor.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

INTRODUCCIÓN

Tiempo há deseaba el autor de este libro dar á su pueblo natal una prueba de su cariño.

Llegado el momento de realizar y dar forma á su deseo, cree oportuno poner en el conocimiento de sus lectores, si los tuviese, lo que era aquél su pueblo á mediados del siglo actual, fotografiando el medio en que existieron los originales de los tipos cuyos retra-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

tos intenta bosquejar en esta labor de su memoria excitada por el sentimiento, con ayuda de la voluntad.

***

Al lugar de mi nacimiento, situado á orillas del Océano y arrullado por el rumor de sus olas que besan dulcemente las orillas de una costa baja y arenosa, no llegaban entonces, y sólo muy de tarde en tarde, sino ecos perdidos de la civilización europea

Realizábanse los adelantos de la época sin que le afectasen de modo directo, y apenas si de él eran advertidos.

Sólo por referencias sabíase allí que surcaban veloces los mares, venciendo la potente fuerza de los vientos y el empuje de las olas, ciudades flotantes; que la palabra, en alas del rayo, rápida como él y como él deslumbradora, cruzaba tierras y Océanos llevando á regiones remotas el pensamiento del genio y la idea hermosa y fecunda de la solidaridad y fraternidad humanas.

Mi pueblo era entonces una especie de limbo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Una ó dos veces al mes recibía noticias de la capital de la provincia; y de él sólo se acordaban los gobernantes cuando de imponerle y cobrarle alguna gabela se trataba.

Y en este estado de olvido, de apartamiento y de ignorancia, pasaban unos tras otros los años sin aportar á sus habitantes más que rumores, no bien determinados ni percibidos, de la vida, de las costumbres, de los goces, de la existencia en fin, de un mundo á él cercano por la distancia material, muy distante por sus diferencias esenciales.

No databa de mucho tiempo, en la época á que me refiero, la fundación de este pueblo marítimo; poco extensa era su parte urbanizada, escaso su vecindario—no pasarían de quinientos los vecinos—y su comercio de exportación é importación muy reducido.

Limitábanse sus elementos de vida á la pesca del salado, al tráfico de cabotaje, á los productos de un cultivo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

naciente entonces, más tarde rico venero de efímeras prosperidad y riqueza, y á cambios con los pueblos del interior de artículos indispensables para la vida por granos y otros frutos de la tierra.

Tenía iglesia parroquial de buen aspecto, aunque de orden arquitectónico no bien determinado, sin estar reñido con la estética; una plaza ante la iglesia y otra, recordatorio de la Constitución del año doce. Dos fuertes, uno de ellos notable por su construcción, situábase al N. E. del pueblo, y el otro en un islote frente al mismo y en comunicación con éste por un camino cubierto, parte de él construído sobre el mar con un puente de tres ojos y una plancha levadiza en el del centro, para incomunicar en caso necesario la fortaleza del islote con la población.

Bañábale al Este el mar penetrando por entre varios islotes y determinando pequeños lagos salados ó mediterráneos en miniatura, en los cuales entraban *embarcaciones mayores y menores*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

que en ellos fondeaban, ó varaban en seco en la playa, para limpiar sus fondos y efectuar otras operaciones de carena.

Hácia al Norte formaba la tierra un seno de figura elíptica: una especie de saco con dos bocas, próximas la una á la otra, al Sur y al Este, separadas por un islote. Por esas dos bocas ó canales entraban durante el flujo las aguas del Océano, convirtiendo el saco—llanura cenagosa salpicada de charcos en las horas de la bajamar—en albúfera hermosa y tranquila, en cuyas aguas se miran las fachadas posteriores de varias casas de la poblacion situadas en su márgen izquierda; proyectándose también en ellas grupos de casitas que, escalonadas en anfiteatro, se tienden sobre la empinada ladera de un altozano que forma el terreno en la márgen derecha. Constituía estos grupos de casas—hoy ya arruados—un barrio del pueblo habitado por pescadores y gente de mar.

Digno era entonces y lo es hoy tam-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

bién de la atención de un observador este lago salado que convierte la población, por esta parte, en otra Venecia, sin palacios de marmoles y granito.

¡Cuantas veces el que estas líneas escribe se ha solazado en sus orillas contemplando sobre los cristales de éste lago apenas rizados por la brisa, ora bandadas de gabiotas meciéndose dulcemente columpiadas por el vaiven de las menudas olas, ó chapuzando en el líquido elemento su pequeña cabeza, armada de pico largo y fuerte, para atrapar algún descuidado pececillo; ora lindas parejas de patos domesticados que, desde los patios de las casas vecinas, se lanzan en el agua y en ella se bañan y recrean, batiendo alborozados sus pintadas alas. En varios sitios grupos de mujeres y niños que refrescan sus cuerpos en las hondas del tranquilo lago; en otros, chicos medio desnudos ó en el traje de Adan jugando con barquichuelos que á veces se escapan de entre sus manos y después de cruzar

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

el charco van á encallar en la opuesta orilla. En diversos puntos pescadores que aprestan las redes y artefactos para la nocturna faena, mientras otros, terminados ya sus preparativos, tienden los remos y bogando surcan el lago, con rumbo á una de sus salidas!

Esas tranquilas escenas miradas hoy en el panorama vistoso de mis recuerdos infantiles, por las lentes de los tiernos afectos, surgen ante mi vista impregnadas de poesía y, con su atractivo y encanto singulares, me infunden dulce melancólica tristeza.

Continuando en mi tarea descriptiva—abstracción hecha de la digresión anterior—en oposición al cuadro que esbozado dejo, con sus rasgos y perfiles poéticos, extiéndese por el Norte y Oeste del pueblo un terreno desigual y pedregoso, de aspecto triste y desolado, bastante árido y en partes casi improductivo, con depresiones más ó menos profundas y surcado por pequeñas barranqueras que llevan las aguas que por ellas discurren durante el invierno

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

á varias cisternas ó depósitos abiertos en el subsuelo basáltico de la población y de sus alrededores, destinados á surtir á los habitantes de aquella, durante el verano, del precioso líquido potable.

Termínase al Sur éste terreno seco y erial en una pequeña vega circundada en parte por una á manera de sierra de corta elevación, y en otras por el mismo terreno que hácia á la vega desciende en declive, regándola con las aguas que por el mismo se precipitan, y convirtiéndola, cuando las lluvias son abundantes, en laguna que, al evaporarse aquellas, se siembra y produce cosecha abundante de cereales.

Interrumpen y alegran, hasta cierto punto, la monotonía y tristeza desconsoladora de éste paisaje algunos molinos de viento que deseminados elevan sus torres cilíndricas en los puntos más culminantes del terreno: únicas manifestaciones de la humana industria en el lugar de mi cuna.

Tal era éste en su parte material y *externa hace nueve lustros; y tales el*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

marco y los accesorios en que se movían las figuras humanas que me propongo dibujar.

No terminaré la introducción de éste libro sin justificar antes los móviles que á publicarlo me impulsan.

*
* *

¿Quién no ha deseado, lector, ver la luz primera en una ciudad populosa embellecida por magníficos palacios, con plazas espaciosas dó se elevan artísticas estatuas; con parques y jardines espléndidos plantados de árboles y vistosas plantas por entre las que discurren y juguetean, prestándoles vigor y lozanía, las linfas claras que surgen de fuentes monumentales y de caprichosos surtidores?

¿Quién no ha sentido esta pueril aspiración en años juveniles?

Sólo más tarde, cuando desvanecidas ya las primeras ilusiones del vivir, los desencantos y la duda dejan amargas huellas en nuestros corazones, comprendemos que el cariño afectuoso y tierno, el sentimiento inefable que ex-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

pontaneo brota del alma del hombre y le liga á su patria, como á su madre, no están en razón directa de la grandeza, de la importancia de aquella.

No por más blanda y lujosa la cuna en que se meció nuestra infancia; no por más caliente y suave el nido en que niños nos dormimos, nos inspiran, ya hombres, más vivos anhelos, ni su atracción es más poderosa.

Un pueblo pequeño constituye una familia única. Juntos en él crecemos y vivimos, y todos nos conocemos y tratamos. Unidos por el dulce lazo de los juegos de la infancia, juntos cruzamos la senda florida que á la adolescencia y á la virilidad conduce, y á su término llegamos sin advertir diferencias de clase, de posición y de fortuna. Cuando de tales preocupaciones sociales caemos en la cuenta ya el bien está hecho, y anudados fuertemente los lazos formados por la simpatía, el cariño y la amistad recíprocas. El hombre no puede ya deshacer lo que hizo el niño.

Para el hijo de un pueblecito, su ho-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

gar no es sólo su casa: lo son todas las de sus vecinos. Lo mismo entra y sale y se recrea, y come y duerme en la propia que en la ajena.

Las calles y callejuelas, la iglesia y la plaza, las heredades y huertas de las cercanías, el puente sobre el río ó sobre el mar, las arenas y charcas de las playas, las barquillas pescadoras en éstas varadas, todas las cosas animadas é inanimadas le son familiares, son sus amigas. Todas le hablan con un lenguaje mudo henchido de caricias y ternezas, y de todas conserva recuerdo indeleble que agrandándose vá á medida que á la madurez de la vida se apróxima, y más se agranda cuanto más distante.

Llega el hombre al ocaso de su existencia, y separado por el contraste fatal de los sucesos y por las necesidades imperiosas del vivir del lugar de su nacimiento, del medio en el cual se despertó su corazón á la vida afectiva, con caudal inmenso de ilusiones y esperanzas, contempla apenado en horas de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

angustia y de tristeza el cuadro encantador de sus primeros años.

Con plácida melancolía evoca las remembranzas de un pasado venturoso. Por la cámara obscura de su cerebro pasan, claras y distintas, imágenes de seres queridos, escenas encantadoras en que fué actor. Siente y percibe las caricias, la ternura y solicitud inagotables de una madre adorada y por siempre perdida; contempla la visión poética —más hermosa y seductora velada por los sendales vaporosos del recuerdo— de la primera mujer que hizo arder su sangre, acelerando el ritmo de los latidos de su corazón; aparécensele los amigos queridos de su niñez, ya muertos; confúndense las sencillas satisfacciones de su alma de niño con los juegos y solaces de la edad infantil, y todas estas imágenes materiales é inmateriales se alzan en su mente avivando el fuego de su amor al hogar distante, á la pobre é ignorada cuna; por pobre é ignorada, más querida.

Encerrado en límites estrechos el

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

escenario en que se desenvolviera su existencia en la primera edad, aparece éste en la memoria con todos sus pormenores y accesorios, sin que uno sólo quede oculto ni se pierda en las lindes de un horizonte sin lejanías.

En primer término, la casa paterna con sus mil recuerdos adorados: ni un rincón que no los tenga. Luego esa otra casa, ese otro hogar en que, al dulce afecto de *la amiga* tierna y cariñosa casi siempre, imponente y severa en raras ocasiones, comenzó á germinar en nuestro sér el pensamiento y la idea y balbuciamos la palabra escrita, dando forma y expresión articuladas á sus signos cabalísticos: labor primera de la inteligencia y piedra angular del grandioso monumento que ésta erige para su gloria y en honor de la humana naturaleza.

¡Cuántas memorias placenteras despierta en nosotros la idea de éste hogar!

Cual polluelos nacidos de huevos de *distintas aves al calor de la incubación*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

de la llueca que á todos protege y defiende como á hijos propios, juntos y confundidos niñas y niños en las mismas caricias maternales de *la amiga* querida, en nuestro trato íntimo, en nuestra estrecha unión, casi á un tiempo empezaron á revelarse el instinto del pudor en ellas innato, y en nosotros, vaga y confusa la noción de la diferencia esencial de los sexos indicada por los primeros extremecimientos de la carne, premonitores de la fiebre abrasadora que más tarde la mujer habría de producir en nuestro organismo y de la influencia que fatalmente ejercería en nuestra vida.

Con ellas compartimos nuestros recreos infantiles y comunes nos fueron la risa y el llanto, las alegrías y tristezas. Mutuo era en nosotros el cambio de besos, de halagos y caricias inocentes. Crecimos; y convertidas de pronto las crisálidas en encantadoras mariposas, ellas fueron objeto de nuestros más vivos anhelos y nuestras ansias más puras.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Y asistiendo así á sus transformaciones de niñas en doncellas púberes y de doncellas en madres, cruzamos el camino de la vida; los unos, unidos en lazo eterno á la que elegimos por compañera, los otros conservando indeleble en la memoria su recuerdo.

En un ángulo del cuadro y todavía en primer término, confundidos en la semi obscuridad de calurosa noche estival, vislumbramos junto á una barquilla varada en blanda playa de menuda arena, en que las olas al morir besándola se recrean, dos bultos con formas humanas. Agítanse en lucha de caricias ardientes; enlázanse en abrazo supremo, y en una sola confundidas aparecen de pronto las dos formas, como si los seres que las animan, compenetrándose, en uno fundido se hubieran. Suena rumor de besos; percíbese aleteo de ayes y suspiros sofocados, espasmos de placer infinito; y armónico vibra en el ambiente el duo de amor que la pareja humana entona en loor de la creadora Naturaleza. En esta visión deleito-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

sa nos contemplamos mordiendo por vez primera, con el ansia rabiosa de bestia hambrienta, la apetitosa fruta, con locos febriles deseos codiciada; y apurando sedientos de un trago la copa del goce sensual.

En segundo término el puente, las arenas del islote al pueblo fronterizo, las charcas que el mar al retirarse deja formadas en algunos sitios basálticos de sus riberas: testigos de los juegos y de las expansiones inocentes á que diariamente nos entregabamos en nuestra infancia. La iglesia que, en los días festivos, nos despertaba con el alegre tañer de sus campanas, llamándonos á su seno y anunciándonos que estabamos libres de la dulce tiranía de *la amiga* y que durante doce horas no habriamos de abrir el "Catón," el "Terradillo" ni el "Vallejo," ni nos mancharíamos los dedos con el líquido negruzco en que mojabamos la mal cortada pluma de ave para intentar la imitación de las muestras de Iturzaeta, con sus rasgos y per-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

files caligráficos á la española.

Y allá en tercero y último término, esfumadas y borrosas, las primeras impresiones del niño en los albores de la vida del sentimiento.

***

Este cuadro pequeño en que se cuentan y detallan, de manera distinta y clara, todas las figuras principales y los menores accesorios, es el pueblo en que nací. Y por tenerlo tan presente en su pequeñez; por estar tan vivas en mi corazón y en mi mente, en su variedad escasa, las escenas todas de mi niñez, y por haber pasado la mayor parte de mi vida lejos de él, quiérole más y más cada día y, antes de que se extinga la luz de mi inteligencia, ansío darle una débil muestra de mi amor dedicándole estas páginas.

Así dejo justificada la publicación de este libro.

Lector, si naciste en pueblo pequeño y pobre y le quieres de veras, disculparás mi atrevimiento.

Abril de 1896.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

TIPOS DE MI TIERRA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

El Boticario Viejo.

RECUERDO

A mi amigo

D. Camilo González Morales

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

EL BOTICARIO VIEJO

Por todos era así conocido y así todos le nombraban. No porque su edad fuese muy avanzada, sino para distinguirle de otro su colega, recien establecido en el pueblo en la ya lejana época á que se remontan mis recuerdos.

Y, en verdad, era todo un tipo y un carácter el tal expendedor de drogas y confeccionador de récipes, según la Farmacopea española.

En lo físico: de estatura regular, algo encorvado de espaldas y metido de hom-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

bros; de carnes escasas, de fuerte musculatura y armazón ósea pronunciada y saliente en algunos miembros. Los rasgos de su fisonomía, característicos del ente moral: frente despejada, cejas muy pobladas y un tanto levantiscas y rebeldes, por entre las que se señalaba una tenaz hendidura, indicio de observación perseverante y de firmeza de ideas; ojos pequeños, pero vivos, de mirada penetrante, escudriñadora, estudiando y reflejando el exterior, sin descubrir el interior: ojos objetivos más que subjetivos. Nariz recta y fina, sombreando una boca pequeña de labios delgados, en que de continuo dibujábase ligera sonrisa de desdén y de burla, con perfiles no bien definidos de indiferencia y descreimiento. Un rostro, en conjunto, animado, inteligente, de hombre probado en ruda lucha por la existencia; y dejando ver en sus líneas asomados restos de las energías en esa lucha puestas en actividad, y dejos acerbos de tristezas y decepciones, generadoras de la duda y del escepticismo.

El escepticismo, la duda: las dos características de su personalidad.

Nació á fines del siglo XVIII y era volteriano. Si hubiese nacido cincuenta años más tarde y hoy viviera, sería socialista.

Hecho queda el boceto físico del hom-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

bre y esbozada su parte moral.

Tal era, hace más de cuarenta años, el representante de las ciencias físico-químicas en un pueblecito de corto vecindario, aunque bastante culto é ilustrado y con ideales de progreso y libertad.

Y no era un título vano en nuestro boticario el que le damos: le correspondía de derecho y podía hacer de él obstentación.

Tenía, puesto que pequeña, escojida biblioteca, compuesta en su mayor parte de obras interesantes á su profesión. Dedicaba diariamente algunas horas al estudio teórico y ensayaba con frecuencia en su laboratorio experimentos varios. Confeccionaba las pócimas con rara habilidad y maestría y, en cuanto á la legitimidad y eficacia de éstas, tenía muy estrecha la conciencia. Jamás sustituía una substancia recetada que no existiese en su farmacia, por otra cuya acción terapéutica fuese análoga. Cuando se le presentaba una receta en estas condiciones decía sencillamente: "No hay", y cerraba el ventanillo de la puerta de entrada á su oficina, dejando al solicitante con el papel de la fórmula en la mano y cariacontecido. Conciencia recta tenía como farmacéutico, hemos dicho antes; pero, el rico pagaba muy caras las medicinas á sus dolencias propinadas. Y en esto no transigía: un ojo de la cara y

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

parte del otro le costaba al pudiente una enfermedad.

Un tanto duro y displicente en su trato con los extraños y en familia, era decidor, ocurrente y hasta expansivo con sus pocos amigos, ó personas con quienes comunicaba íntima y familiarmente.

Concurría á diario, y con metódica exactitud, á la tertulia vespertina, que, despues de las cuatro, hora de comer en casa de las familias acomodadas (según la costumbre de entonces, conservada hasta hoy), se reunia unas veces en la puerta, otras en el interior de uno como despacho ú oficina, compuesto de dos piezas comunicadas entre sí, en la primera de las cuales, abierta á la calle, veíase un mostrador y andamios con libros y varios artículos heterogéneos para la venta. La otra pieza servia á la vez de escritorio al comerciante y de despacho al oficinista: empleado subalterno de correos ó cosa asi.

Me parece estar viendo en estos momentos, á través de los cuarenta años transcurridos, á nuestro boticario esperar paseando á lo largo de la acera de la casa en cuya accesoria se tertuliaba, la apertura de la puerta de la tienda y la reunión de los contertulios.

Y esta es ocasión, mientras pasea, de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

decir algo respecto al aliño y adorno de su persona.

Me acuerdo que en los días crudos del invierno vestía pantalón de paño recio y burdo, chaqueta (una especie de zamarra) con cuello y solapas de pieles y vueltas de lo mismo en las boca-mangas. Su cabeza la cubría en ocasiones con gorra también de pieles ó sombrero de copa. En verano usaba pantalón, chaleco y chaqueta de dril y sombrero de paja obscura.

Llevaba paseando la cabeza inclinada, ambos brazos á la espalda, juntando en ésta las manos, y cuidábase poco ó nada de los transeuntes y de lo que en las inmediaciones del sitio en que se hallaba ocurriese. De vez en cuando alzaba la frente, como para contemplar otros horizontes ó descansar de sus pensamientos y meditaciones, y tornaba á bajarla casi en seguida, sin interrumpir su paseo.

Entre paréntesis: vaya un rasgo *sui géneris* de sus formas sociales. Cuando sentía en las narices esa excitación producida por las secreciones de la mucosa, y, con ella, la necesidad de ejecutar el acto que en la prosa de la expresión de las naturales del cuerpo humano llaman *sonarse*, apoyaba alternativamente el índice en una y otra de las paredes exteriores de las fosas nasales, y con ligero esfuerzo expelía

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

el contenido de las mismas, limpiando luego cuidadosamente con pañuelo blanco y planchado, sin deshacer sus dobleces, los residuos que del contenido habian quedado adheridos á las ventanas. Juzgaria, sin duda, poco limpio y decente guardar con el pañuelo en el bolsillo esas inmundicias; sin fijarse en el mal efecto que en los demás pudieran producir su apreciación y la manera de dar satisfacción á la necesidad natural, en conformidad con aquella.

No me acuerdo de haberle visto reir jamás. Parecia que en su corazón se habian secado hacia ya mucho tiempo las fuentes de la risa, y que las fibras de los sentimientos que la provocan de tal suerte estaban en él desgarradas que el hacerlas vibrar de nuevo era imposible. Unicamente la contemplación de un mozalvete, de un chico de doce ó catorce años, y el departir con alguno de estos—cosa que pocas veces le ocurria—hacianle desarrugar el entrecejo, y entonces reflejábase en su semblante algo asi como ternura compasiva y asomos de cariño que, latentes aun en su alma, se escapaban, casi á despecho de su voluntad, del abismo en que se escondian, para exteriorizarse y dar fé de su existencia. La adolescencia con sus atolondramientos irreflexivos, con su candor é inexperiencia, con sus arranques de re-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

beldía y sus tendencias á la burla y á las pendencias, parecía que le encantaba y y atraía, despertando en su mente memorias placenteras de otra edad feliz y ya muy lejana.

¿Qué sucesos, qué circunstancias influirían en la manera de ser de este hombre para imponer en su semblante aquel antifáz de sequedad y dureza de sentimientos en el cual sólo muy de tarde en tarde brillaba relámpago fugáz de tiernos afectos? Ni pude saberlo en la época á que me refiero, ni lo supe después tampoco, porque me ausenté del pueblo y cuando á él volví, pasados algunos años, el boticario viejo no formaba ya parte del mundo de los vivos.

La adolescencia, la juventud, tenían sólas, como dejo dicho, el poder, la facultad y el privilegio de arrancar una nota alegre á aquella naturaleza extraña á las dulces afecciones, á aquel corazón cerrado al parecer á las delicadezas de sentimientos generosos.

Recuerdo que á mí—muchacho entonces de trece á quince años—me atraía, no sé por qué, aquel hombre grave, aquel carácter sério y displicente, al mío tan disemejante, y que buscaba siempre la ocasión de contemplarle de cerca y de oirle hablar.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Un día en que se me presentó una de éstas y en que oyéndole y mirándole estaba de hito en hito, fijóse en mí, por casualidad sin duda, y señalando con el índice el bello que comenzaba ya á sombrear mis labios y mejillas, me dijo entre risueño y burlón: "Debes quitarte eso que está muy feo: la cosa es fácil. No tienes más que untarte con un poquito de aguarrás; luego cojes un fósforo, nada más que uno sólo, y te lo acercas encendido á la cara: en seguida te queda limpia como una patena. Ya ves que el procedimiento no puede ser más sencillo." Y mi hombre se puso tan satisfecho al decirlo como si me hubiese dado una receta infalible para extirparme un callo sin dolor.

Infalible era y soberana su receta, como maleante su intención de que me desollara la faz.

Este es el único hecho concreto que de mis relaciones y trato con este sujeto se destaca distinto y claro entre mis recuerdos juveniles.

Muy difícil y casi imposible me sería hoy, por poderosa que fuese mi fuerza de inducción y de análisis obrando sobre impresiones de la adolescencia, de por sí débiles y fugitivas, y esfumadas y borrosas por la acción de sucesos posteriores de mi vida y de los años transcurridos, cuya

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

esponja ha pasado sobre aquellas, hacer un estudio psicológico acabado de mi personaje y presentarle tal cual era realmente en lo interno y en lo externo. Si intentara este estudio y me esforzara en dar relieve á la fisonomía del ente físico y moral, no me resultaría *d'après nature;* y solo obtendría un traslado infiel en que los rasgos vivos de la realidad sustituidos estarían por toques y pinceladas de la fantasía.

No me atrevo, pues, á intentarlo; y prefiero dejar el tipo desdibujado á desnaturalizarlo y hacer de él un remedo imperfecto.

Al trasladar al papel estos tipos de otra época, constituyentes una sociedad con otros hábitos, con otra educación, con otros ideales y aspiraciones, me he propuesto sólo reconstituir esa sociedad de un pueblo pequeño en los comedios de este siglo, para hacerla revivir al término del mismo, rindiendo así tributo de respeto á la memoria de los que fueron; tratando de evocar en los viejos sus contemporáneos gratas remembranzas y de inspirar á los jóvenes de esta generación fin de siglo el deseo de imitar lo que en aquellos sus antepasados de imitación fuese digno.

Entre los tipos de este libro no encon-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

trará el lector ni uno sólo que sea fruto del ingenio del que escribe; ni uno sólo creación de sus facultades imaginativas. Todos son tomados del natural: copias hechas con la mano apoyada en el tiento de la experiencia y de los desengaños, manejando el *pincel de los recuerdos impregnado* en los colores matizados de las ilusiones y esperanzas de una edad feliz.

***

Cuando yo le conocí y pude fijarme en él, tendría el boticario viejo de cincuenta á sesenta años; y por los jóvenes entonces, de veinte y cuatro á treinta, supe más tarde algunas particularidades de su modo de ser en el medio social en que vivió.

Era miembro de una especie de club, ó *círculo*, cuyos *socios* de ideas muy avanzadas en aquella época en que alboreaban los principios y las tendencias democráticas informadoras de nuestra sociedad actual, llevaban la representación del progreso y eran decididos sostenedores de las libertades del ciudadano contra la reacción religiosa y la opresión y la tiranía de un régimen político-administrativo ignorante y fanático.

Franc-masones, en su mayor parte, los individuos de dicho club, no estoy seguro de que lo fuese también nuestro protagonista; pero *sí* puedo decir, por referencias,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

que se distinguia entre los más exaltados y los que con más decidido empeño se oponian á las disposiciones y manejos dictatoriales de las autoridades calomardinas de entonces, burlándolas muchas veces y poniéndolas en ridículo.

No tenia todavia su asiento por los años á que me refiero la capitalidad judicial y militar del distrito en el pueblo residencia del boticario; y radicaba aquella en una población antigua, de costumbres levíticas, donde el primero reasumió el mando y la autoridad supremos civil, político y judicial, uno de esos alcaldes corregidores de poder omnímodo, establecido en dicha población elevada á la categoria de Villa.

En pugna desde los comienzos de este siglo los dogmas estrechos de una religión que la despótica Roma, en consorcio con el jesuitismo, pretendia imponer á los pueblos, con las ideas filosóficas de la gran revolución político-social que reconoció los derechos del hombre y rompió las cadenas del absolutismo, en pugna estuvieron también la antigua Villa, representación de lo pasado y caduco, con el pueblo naciente hijo del siglo revolucionario y amamantado en ideas progresivas y librepensadoras.

Y en esa lucha de un presente lleno de vida y juventud, con un pasado ya decré-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

pito; de una sociedad en risueño amanecer, con otra en pálido y triste ocaso, llevaba con orgullo nuestro farmacéutico uno de los estandartes del progreso y con fé y ardimiento combatía por sus ideales.

Era el alma de todos los planes y el genio creador y organizador de casi todas las intrigas urdidas por los liberales del pueblo nuevo, para desbaratar los propósitos ó hacer ineficaces las resoluciones de sus contrarios los retrógrados de la Villa vieja.

Verdadero espíritu revolucionario y demoledor, este boticario, fué uno de los elementos más activos de la decadencia de la Villa enemiga y eficáz instrumento de la prosperidad y del engrandecimiento del pueblo que le vió nacer.

A su energía y actividad y, más que á éstas, á su pronta y feliz inventiva y á su sátira mordáz y contundente, debe aquel en primer lugar su elevación á capital del distrito judicial y militar, base de su ulterior adelantamiento.

Mereció, pues, por este concepto el boticario viejo bien de sus compatriotas; y digno fué de que las generaciones que en su patria le sucedan dediquen á su memoria un recuerdo de gratitud, como yo lo hago en estas líneas, escritas con el intento de darle á conocer.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Que no lo he logrado, con la claridad y precisión debidas, ya yo lo sé y lo temía antes de empezar: pretenderlo de mi sería exigencia casi absurda.

Limítanse, pues, mis modestas aspiraciones de copista á que por el traslado pueda sacarse el original.

Si he conseguido mi intento podrán decirlo sólo los actuales sexagenarios y septuagenarios de mi pueblo.

Abril de 1896.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

TIPOS DE MI TIERRA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Clarita

Dedicatoria

A la inseparable compañera
de mi infancia: á JOAQUINA, mi hermana
más querida.

A ti que conociste bien á *Clarita*, nuestra.... amiga, y la viste morir, te dedico este boceto, dibujado de memoria. Le faltarán muchos perfiles; pero el cariño que profesaste á la muerta, suplirá las faltas del copista.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

CLARITA

Por el diminutivo de su nombre la nombraban los suyos cuando niña; siguiéronles los extraños en esta costumbre y Clarita fuè hasta los setenta años.

Siempre que de ella me acuerdo asoma á mis labios la sonrisa. No sonrisa de desdén ó de burla, sino de afecto cariñoso y compasivo. La quise bien, y más de una vez me dió pruebas de su ternura: de la que por otro sér era capaz de experimentar aquella naturaleza excepcional, más digna de lástima que de indiferencia ó censura.

©Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Constituia esta mujer un curiosísimo caso patológico digno de las disquisiciones de un Lombrosso. Merecedora de estudio atento y de observación minuciosa, hubiese sido la neurosis que de aquel organismo se habia enseñoreado y en él dictaba leyes como soberana absoluta, determinando manifestaciones del histerismo más caracterizado.

Clarita fué un ente fisiológico hijo de este siglo histérico: un espíritu influido por la educación descuidada de la mujer en los comienzos del mismo, en que la instrucción en el órden moral y religioso era mezquina y mal dirigida, y en los demás superficial y casi nula. Concurrieron á agravar en ella éste desequilibrio psicológico, circunstancias especiales de su existencia en la niñez, que influyendo en su desarrollo físico, intelectual y moral, fueron tal vez las determinantes de aquel estado morboso.

Era la más joven de entre las hijas de una Señora, dama principal en la sociedad de su pueblo, de carácter bondadoso y virtudes ejemplares. Y por ser el Benjamin de la casa, y por la viudez de su madre ocurrida siendo ella aun muy niña, fué el objeto en que se reconcentraron todas las tiernas afecciones de la que la dió el ser, y alivio y consuelo á los dolores de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

la esposa herida en los afectos más hondos de su corazón.

Creció la niña y desarrollóse su cuerpo y su espíritu en una atmósfera de ternezas y solicitudes, de mimos y complacencias que enervaron su organismo y desquiciaron sus facultades psíquicas.

No conozco bien los pormenores de su vida en la adolescencia y en su primera juventud. Conservo, sin embargo, reminiscencias de haber oído á su respecto algo relativo á unos primeros amores contrariados por su familia.

La violencia y oposición que se hizo á aquella naturaleza irritable de por sí, á aquel carácter no domado y dirigido hasta entonces sólo por los impulsos de una voluntad sin freno, supongo lógicamente debieron de haber sido los factores que de manera más directa obraron en su modo de ser y operaron en su personalidad la evolución que la impuso una nueva faz que inmutable y permanente había de subsistir, con sus necesarias consecuencias, en el porvenir.

Cuentan los que la conocieron en sus mocedades, que era garrida hembra, dotada de encantos y atractivos singulares; puesto que un sí es no es huraña y esquiva. Alabanzas hacen de la esbeltez de su talle, de su porte y ademanes elegantes y

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

distinguidos, de la corrección de los rasgos de su fisonomía.

Cuando yo la conocí, mejor dicho, en la época en que en mi memoria la contemplo, había Clarita entrado ya en su segunda juventud. Estaba en ese período de la vida en que la mujer hermosa, si ha sido madre, llega al apogeo de su belleza, si ha permanecido célibe y doncella, pierde su gracia y su frescura, la flexibilidad del cuerpo y las delicadezas exquisitas del alma.

Paréceme estarla viendo en estos momentos. La tez de su rostro, un tanto descarnado, tenía la blancura pálida del marfil, y en su frente y mejillas era tersa y brillante, sin asomos de ese vello tenue y finísimo, ceniza de albérchigo que, como ligero velo aterciopelado, cubre con antifaz encantador el rostro de las jóvenes doncellas. Sus cejas, bien arqueadas pero escasas; los ojos, más que pequeños, achicados por contracción involuntaria de los párpados; la nariz recta y fina y un poquito arremangadas las ventanas; pequeña la boca, y los labios muy delgados perdidos en ambas comisuras. El cuello airoso, descansando sobre hombros bastante anchos. El pecho liso, sin curvas ni turgencias; como si la naturaleza, juzgándoles ya inútiles, dejado hubiese marchitar

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

y disolverse los preciosos atributos de la maternidad. La curva de las caderas amplia y bastante pronunciada, y no muy estrecha la cintura. Su andar era decidido y magestuoso; pero sin los encantos de la gracia y desenvoltura juveniles. Para terminar este retrato: los perfiles y rasgos de su cara y el conjunto de su persona revelaban un alma no muy pia ni blanda y sentimientos egoistas.

Tal era Clarita á los cuarenta años. Una mujer todavia en estado de merecer, pero cuyo carácter se negaba á que se la considerase como tal: como si en ella se hubiesen extinguido ese afán y anhelo innatos en las hembras de ser agradables y atractivas, de despertar en el hombre deseos y entusiasmos.

Repugnaba el trato social y sus fórmulas, y huia las ocasiones de hallarse en comunicación con individuos del sexo feo. Parecia que éstos le inspiraban un sentimiento análogo á la repulsión: este era uno de los rasgos caracteristicos de su idiosincracia.

Tal vez soñara en los albores de su pubertad con un amor ideal. Quizá se lo fingiera real y encarnado en el primer hombre que hizo latir su corazón, y quizá también en la lucha de sus sentimientos con los consejos é imposiciones de su familia,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ofendida en sus afectos más íntimos, sintiera desvirtuarse y desvanecerse su ensueño en su alma virgen de mujer amante y enamorada; y al ver marchitas y deshojadas sus ilusiones, consiguiera, por un esfuerzo supremo de la voluntad imponer silencio perpetuo á los arranques de su ternura y reconcentrar ésta, guardando para sí misma el caudal de afecciones que con otros seres hubiese compartido.

No sé si después de su primer ensayo amoroso, que la oposición de su familia hizo abortar, sintió alguna nueva inclinación. Si así fué, como lo presumo, debo creer que en ella poco ó nada se interesó su alma: sería, sin duda, apetito de la carne, deseo del placer sensual, ignorado por una mujer que se siente todavía codiciada en las postrimerías de su belleza. Sea de esto lo que quiera, y haya así pasado ó no, lo cierto es que á los cuarenta años Clarita miraba á los hombres con prevención y antipatía; y Cupido embotaba sus flechas en aquel corazón de hielo en que extinguido estaba por completo el fuego vivificante del amor.

A esta edad empezaron á manifestarse en ella con caracteres determinados los desarreglos nerviosos de su organismo.

Su vida se hizo sedentaria. Casi nunca salía de casa y pasaba horas y horas en el

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

cuarto en que se bañaba y tenia su vestuario, entregada á largas y repetidas abluciones; á descolgar de las perchas faldas y cuerpos de sus trajes y volverlos á colgar, después de sacudidos y cepillados; á sacar de roperos y cómodas la ropa blanca —en cuya limpieza y brillantez parece se recreaba— y á colocarla de nuevo en su sitio, con gran cuidado, sin pliegues ni arrugas; á reconocer y examinar prolijamente sus alhajas, en sendos estuches colocadas, y á otras faenas inútiles y pueriles.

Almorzaba casi siempre sola; pues su madre ya achacosa se levantaba muy tarde y de ordinario lo hacia en la cama.

Poco ó nada se cuidaba del aseo de la casa y de sus atenciones.

Una de las primeras manifestaciones de su trastorno histérico, fué un horror invencible á la tisis y á las personas de las cuales tuviese antecedentes de que estuvieran ó pudieran estar, por vicio hereditario, atacadas de ese mal.

Cuando por casualidad se encontraba en presencia de un tísico, sufria contrariedad terrible. Alterábanse sus facciones, crispábanse sus nervios y buscaba un pretexto cualquiera para alejarse de aquel ser cuya proximidad juzgaba ella un peligro inminente para su salud y para su vida.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

De los tísicos y de todas las personas de sus familias, ó de las que con aquellos tenían trato más ó menos íntimo, huía como de la peste. Cuando alguno de los de su casa salía á paseo, á visitas ó á otros quehaceres, al volver era por ella interrogado minuciosamente sobre si había estado en casa de fulano ó de mengano, ó si había tenido *roce* con sutano ó perengano—tísicos reales ó por ella supuestos—; y la indagatoria la efectuaba procurando taparse con un pañuelo boca y narices—para evitar la absorción de los microbios—y situándose á distancia respetable del presunto inficionado.

En su cuarto entraban, á parte de su doncella, contadísimas personas. Y si por acaso se le extraviaba la llave de aquel ú olvidada la dejaba en la cerradura, cojíala con la diestra, envuelta en su delantal ó en un pañizuelo, y sometíala inmediatamente á tres ó cuatro lavados con jabón de Castilla. A las mismas ó más severas precauciones de lavados y hasta de fumigaciones sometía todos aquellos objetos que temía hubiesen sido maculados por el contacto impuro de un tuberculoso.

Este miedo, este horror á la enfermedad pulmonar y á sus similares, la hacían vivir en zozobra y ansiedad continuas, y

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

á ellos subordinaba todos sus actos y pensamientos. La tisis era para Clarita una obsesión constante, un fantasma que de continuo la perseguia, acibarando todos los momentos de su existencia. El terror que la muerte le inspiraba, avivaba y agrandaba, por otra parte, en su cerebro enfermo, sus aprensiones de verse invadida por la temible dolencia, sin fijarse ni parar mientes en que ésta elige de ordinario sus víctimas entre los jóvenes ó adolescentes.

Su manía tenia períodos de exacervación y remitencia, y en ocasiones era sustituida por otra de carácter completamente distinto y que revestía mayor gravedad por la violencia con que afectaba sus facultades anímicas.

Consistía en una especie de sugestión pecaminosa, por efecto de la cual fingíase la pobre Señora poseida del espíritu del mal y, por ende, que todos sus pensamientos, actos y palabras, como inspirados por aquel, eran vilandos y maculados estaban por la baba inmunda de las impurezas carnales y del más horrendo sacrilegio.

Durante las terribles crisis de esta manía mística ó religiosa acentuábase la palidez de su rostro; hundianse sus ojos en las órbitas y lanzaban destellos intermi-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

tentes de chispa eléctrica. Sus discursos y sus acciones no reflejaban determinaciones de la voluntad, antes bien parecía le eran extrañas, que de ellas no tenía conciencia, como si naciesen de otro yo al suyo en un todo ajeno. Hablaba en voz baja, y la emisión era precipitada y dificultosa. Dormía muy poco y durante el sueño se agitaba en el lecho lanzando lastimeros ayes, como si las ideas insanas que durante la vigilia la persiguieran tomaran cuerpo y realidad monstruosas en los momentos en que los nervios, obedeciendo á la lasitud del organismo, aflojaban en su tensión.

¡Qué miserable y triste existencia!

Lástima profunda y respetuosa conmiseración inspiraba aquel ser infortunado, víctima de los extravíos de su imaginación enferma.

Intentaba á veces hacerse superior á aquella influencia hipnótica que la dominaba, y vencerla con la oración y otras prácticas de la religión católica.

De hinojos ante una imagen de la Virgen que en su alcoba sobre una mesa pequeña y dentro de una urna tenía, alumbrada por una lamparilla, rezaba fervorosamente horas enteras. Oía misa con frecuencia, confesaba y comulgaba; y solía lograr en ocasiones amortiguar, desva-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

necer casi la obsesión; pero en otras alzábase ésta rugiente y más impetuosa, como irritada por la presión que sobre ella se ejerciera.

Clarita convertíase entonces en una verdadera demoniaca. Decía que en sus rezos se había mofado de Jesús y de su Madre, mezclando á las palabras de sus oraciones frases groseras y desvergonzadas. Figurábasele que después de la comunión había escupido la Sagrada Forma, y horrorizada del acto sacrílego, y en la duda de si lo había realizado, preguntaba afanosa á todos cuantos á ella se acercaban si lo que se imaginaba sería cierto; logrando muy difícilmente sus déudos y amigos acallar sus escrúpulos y disuadirla de sus desvarios.

También se daba á pensar en estos accesos, sobre la Concepción inmaculada de la Virgen, negándose á creerla unas veces, otras admitiéndola con fe íntima y convicción profunda, y divagando sobre este y otros misterios, con el empeño de persuadirse de la verdad de todos.

Solía calmar en casos tales la agudísima excitación nerviosa de que era víctima un sacerdote anciano muy amigo de su casa, que la trataba desde niña y casi la había visto nacer. Los consejos y exortaciones del buen cura obraban como se-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

dante sobre aquella imaginación calenturienta y llevaban á su ánimo una calma y tranquilidad relativas.

Más tarde, cuando Clarita llegó á esa edad en que la mujer pierde la facultad más preciosa é interesante entre las que caracterizan su condición de hembra—la de dar vida en sus entrañas á otro ser,—cuando pasó la *línea tropical* de los cincuenta, cesaron casi por completo sus trastornos mentales. La *loca de la casa* dejó de exhibirse, calló como una muerta, y sólo persistieron en aquella naturaleza desequilibrada padecimientos orgánicos, localizándose sin determinar ya perturbaciones cerebrales.

Quejóse después con frecuencia de dolor y picazón en los ojos, sin que en ellos pudiera observarse causa que los motivara; mucho la preocupaba esta dolencia contra la cual la recetaba el médico,—supongo que agua destilada con gotas de lo mismo—encargándola no leyese ni escribiese, ni ejecutara acto alguno que pudiera excitar ó irritar el órgano enfermo.

Observaba ella con escrupulosa fidelidad las prescripciones facultativas, y en una ocasión en que despedía á una amiga á quien mucho estimaba, á su manera, la dijo con acento que quería ser tierno y sentido: "Extrañará V. quizá que no llore

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

al decirla adiós; pero, el médico me lo tiene prohibido por mis ojitos"

¡Extraña naturaleza aquella! A pesar de su desequilibrio físico, moral é intelectual, á pesar de sus sufrimientos reales ó imaginarios, tuvo una vida larga de más de setenta años y su muerte fué dulce y casi sin agonía.

Abril de 1896

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

TIPOS DE MI TIERRA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Cuadros vivos

A la Sociedad

"Casino de Arrecife"

Miembros suyos fueron los personajes de estos cuadros; tornen á serlo los breves instantes que, aquellos que lo son al presente, tarden en hojear este libro.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

CUADROS VIVOS

La casa era pequeña: de esas de planta baja que nosotros llamamos terreras, situada á espaldas de la iglesia parroquial. En su fachada, bastante extensa, abriase la puerta de entrada—no al portal, porque no lo había, sino á la sala ó cuarto que hacía sus veces—entre dos ventanas simetricamente colocadas; junto á la ventana de la derecha y á la altura de la guarnición superior de su marco, determinábase un hueco rectangular cerrado con una vidriera: especie de tragaluz. Ha-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

cia esquina por la derecha la casita á la calle adyacente á un costado del edificio Santo, y por esta calle tenía otra puerta.

Abierta está; penetremos por ella y conoceremos las interioridades de esta morada de modesta apariencia.

Medio metro más alto que el piso de la calle se halla el dintel de aquella puerta, y para subir hasta él hay que apoyar antes un pié sobre el canto ó piedra sin labrar que sirve de peldaño. Un pequeño esfuerzo... y nos encontramos en un patio estrecho é irregular.

Fué primero rectángulo; pero, la construcción de una pieza adosada á uno de los costados más largos del cuadrilátero —al de la izquierda entrando— le convirtió en octógono. Esta pieza, á cocina destinada, con puerta al patio mirando á la de la calle, ocupó gran parte de la superficie de éste y dejó un pasillo estrecho á manera de tubo entre su pared exterior y la de la derecha del mismo patio. Frente por frente del tubo estaba la puerta de una de las habitaciones más importantes para los moradores temporales de la casa: el comedor. Ya fuera del callejón veíase también otra puerta practicada en la pared de la izquierda del rectángulo primitivo. Esta puerta ponía en comunicación

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

el patio con la ya nombrada sala ó salón: *Santa sanctorum*, y mejor cuarto del *crimen*, como veremos más tarde. Entremos en él. En sus paredes seis huecos: tres á la calle: una puerta y dos ventanas—ya las citamos—;uno al patio; otro en la pared de la derecha inmediato á la ventana del mismo lado entrando de la calle, puerta de un dormitorio pequeño, y otro próximo á la puerta del patio, entrada á una alcoba al comedor contigua.

Tal era la casa: ni más ni menos.

Los pisos eran de mortero, con baches y surcos más ó menos hondos, iniciados por el roce continuo de plantas de... zapatos y botas, no muy suaves ni blandas, y determinados y agravados por la incuria. Los techos, formados de vigas de pino y astillas de la misma madera, con cubierta de tierra amasada con troncos y granzones de paja: *torta* llaman esto en el país.

Los muebles: en la sala una mesa grande, rectangular—la de los *sacrificios*—; dos pequeñas junto á las paredes; unas cuantas sillas, hasta diez ó doce, con asiento de enea las más, el de las restantes de madera: todas muy *cómodas*... y pare V. de contar. En los dormitorios... no entrar será lo mejor. Baste decir que en ellos hay sendas camas, ni muy blandas ni limpias, y que se nota ese olor carac-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

teristico de las habitaciones en que se duerme, y se asean mal y no se airean ni ventilan. Olor nauseabundo: atmósfera con gérmenes tóxicos, que diría un higienista. En el comedor, achicado en beneficio de la alcoba contigua—lo de la contigüidad ya lo apuntamos—,una mesa larga y estrecha, de esas que *Fígaro* comparó con alma de vizcaíno, y varias sillas en torno á ella; otra mesa pequeña en un ángulo á la derecha junto á la entrada y en el de la izquierda un lavamanos.

Esta es la descripción topográfica del cuadro y estos son sus accesorios. Conocida la escena, vamos á ocuparnos en dibujar las figuras que en ella han de moverse.

***

Comenzaremos trazando la del dueño de la casa, á quien no podemos llamar anfitrión, en absoluto, por que no siempre hacia el gasto.

Por su edad respetable, por la circunstancia de ser el amo y por otras muy atendibles le corresponde este honor de derecho y en justicia.

Don Benito era su nombre; y benditos su pachorra y su carácter bondadoso, siempre consecuente é inalterable.

Allá en sus mocedades fué naviero y algo así como capitán de buque, sin títu-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

lo de piloto: eso que antes llamaban *capitán de papeles* y hoy sobre-cargo; jefe á bordo en lo administrativo y económico. Hizo largos viajes á Levante y á Poniente. *Vió muchas tierras, conoció muchos* hombres y aprendió la ciencia dificilísima de vivir bien con todo el mundo. ¡Y vaya si sabía vivir el buen D. Benito! Generoso y atractivo, un buen camarada; pero... ¡muy cuco!, con más *conchas que un galápago;* puesto que de corazón compasivo y humano. Residió gran parte de su vida en regiones remotas y tornó al país ya viejo y sin fortuna conocida. No obstante, portábase en su casa como rico.

Su mesa era siempre abundante y hasta espléndida, para los propios y los extraños. Dadivoso, rayano en el derroche con sus parientes y deudos, prestaba también gustoso su dinero á los amigos... que podían devolvérselo, y nunca le faltó una onza para entretenerse en *verlas venir*, ó en juntar naipes de un mismo palo, del nueve al tres ambos inclusives. Cuanto le tocaba la de perder cantidad de consideración, dejaba de jugar sin molestia ni contrariedad aparentes; y si alguno le hacía indicaciones respecto á su mala suerte, contestaba invariablemente: "¡Bah! ¡Eso qué es para quien ha perdido navios y fragatas!" y se quedaba tan tranquilo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Lo de la pérdida de las fragatas no era en él pura baladronada: una perdió, en efecto, según cuentan, en cuyo casco y cargamento estaba muy interesado.

El gastar excesivo de D. Benito, no conociéndosele bienes de fortuna, ni sueldo ni renta alguna, fué para la gran mayoría un verdadero rompe cabezas y motivo de variados anecdóticos comentarios; pero hubo al fin quien, dándole vueltas y más vueltas al asunto, llegó á columbrar allá en lejano continente la mina de donde provenía el metal precioso.

Mostrábase entusiasta por las bellas Letras, con las personas ilustradas; y cuando alguna de éstas visitaba su casa, sentíase muy satisfecho y hasta orgulloso de mostrarle su pequeña biblioteca compuesta de obras no muy selectas, puesto que ilustradas en su mayor parte, con buenos grabados y encuadernadas lujosamente.

Se desvivía por complacer y agasajar á sus huéspedes, amigos ó simples conocidos; y su mayor placer consistía en que éstos saliesen contentos de su casa y se hiciesen lenguas de su hospitalidad franca y rumbosa.

No era glotón; pero, buen *gourmet*, le gustaban las comidas finas. De sus hábitos de marino, conservó el de ir á la coci-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

na, condimentar por sí mismo suculentos y sabrosos guisos y confeccionar y aderezar exquisitos platos de repostería.

¡Cosa digna de ver era el buen D. Benito, ceñido al cuerpo el blanco mandil, en mangas de camisa arremangadas hasta el codo, entre cazuelas, calderos, sartenes y peroles, catando una y otra salsa; observando si el almíbar está á punto, si el horno tiene calor suficiente para el asado ó el pastelón, si claras y yemas están suficientemente batidas,y cuidando de todos esos mil detalles y pormenores que requieren las partes componentes de una buena mesa! Hacía gala de conocimientos culinarios y se ufanaba con el éxito feliz de sus croquetas, albóndigas, *ragoûts, salmis,* arroz á la valenciana y otras varias composiciones de las cocinas francesa y española. Si le alababan su buen paladar y sus aptitudes para el arte de *Bryat Savarin,* dirigía mirada agradecida á su interlocutor, acompañada de plácida maliciosa sonrisa.

No se armonizaban sus delicadezas en la comida con su gusto detestable en cuanto al fumar se refería. Lo mismo le daba un aromático veguero que una *tagarnina* apestosa. Estas eran las de su consumo ordinario. Cuando regalaba un tabaco y se le interrogaba sobre su calidad,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

contestaba muy serio: "es de los que dan humo"

Modesto en su indumentaria, iba siempre muy pulcro.

Su tipo era el de uno de esos viejecillos simpáticos, de fisonomía franca y bonachona. En la cara enjuta, de salientes pómulos, brillaban dos ojillos grises, tras los cristales de las gafas. La nariz saliente y fuerte, la boca y las mejillas hundidas, por pérdida de huesos caninos, incisivos y molares, y la barbilla casi terminada en punta. Tardo en el andar llevaba el busto inclinado y apoyaba su diestra en grueso bastón.

Aunque volteriano y franc-masón, frecuentaba el trato del Cura del pueblo de su *residencia habitual*. Le *invitaba con* frecuencia á su mesa, obsequiábale con regalos de *bucólica* en las fiestas del Patrono, y le dispensaba siempre todo género de atenciones y respetos. No iba á la iglesia, ó si iba alguna vez era por pura fórmula; pero aplaudía y hasta excitaba las aficiones místicas de las señoras sus parientas que con él vivían, facilitándolas gustoso cuanto les hacía falta para satisfacer esas aficiones, que se traducían generalmente en mantos para la Virgen y flores para sus andas; en bordados manteles, con orla de ricos encajes, para el al-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

tar mayor; en misas y novenarios y en preciosos paños de seda, con flecos de oro, para el copón ó la custodia.

Tal era el sexagenario D. Benito cuando le conocí, y tal fué hasta que murió... de viejo, con cerca de noventa navidades.

¡Vida larga, próspera y feliz!

En cuanto á su muerte, tranquila y exenta de temores debió de ser la de un hombre cuyas ideas sobre la existencia del alma, sobre el pasado, el presente y el porvenir del ser humano, cuya filosofía, en una palabra, se sintetizaba en la frase siguiente:

"No me acuerdo de haber dejado de existir."

Mas de una vez me ha hecho meditar esta afirmación *tant soit peu* panteista del buen D. Benito.

* * *

Después de esta figura, la más interesante de nuestro cuadro es la de su huesped á cama y manteles; segundo anfitrión de la casa durante las temporadas en que ésta estaba abierta á los amigos.

D. Amadeo, primogénito de una familia rica y de abolengo ilustre, heredó de sus padres fortuna considerable, consistente en fincas rústicas y urbanas, con cuyas rentas se daba buena vida y ayudaba á vivir á *más de cuatro*.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Hombres de su tipo y de su temple quedan ya hoy muy pocos.

Organismo admirablemente equilibrado. Llegó á los sesenta años sano de cuerpo y de espíritu; y nadie al ver su robustez y agilidad le atribuyera más de cincuenta, puesto que su luenga barba cana de patriarca diera indicios de que á la ancianidad se iba acercando.

Esta barba servía de marco á una cara redonda—curtida por el Sol más que morena—con cejas también canas y muy cargadas. Sus ojos tenían un matiz azulado borroso, y era de ordinario dura é imperante su mirada. Sus labios carnosos y sensuales dejaban ver cuando sonreían el fondo bondadoso de un alma de niño. La exterioridad ruda y de pocos amigos; el interior dulce y suave como una seda. Su fisonomía, siempre seria y adusta, ocultaba la ternura y la benignidad de un corazón generoso y humano.

Jamás accedía desde luego á lo que de él se solicitaba, y contestaba siempre con brusca y destemplada negativa, para experimentar luego el placer íntimo de dejar obligado al postulante, satisfaciendo con creces su demanda.

Sus parientes y deudos tenían de él cuanto querían y más, y la desgracia encontró siempre abierto su corazón y su

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

bolsa. Quizás sus ojos jamás vertieran una lágrima, pero muchas enjugó D. Amadeo.

Residía habitualmente en el campo, en su casa solariega; y en ella, durante el verano, trataba á cuerpo de rey á los amigos que iban á pasar algunos días en su compañía y á participar de su *dolce fare-niente*.

Amante del *eterno femenino*, conservó hasta su muerte sus instintos é inclinaciones mujeriegas; y su naturaleza vigorosa tuvo el privilegio de prolongar los verdores de su juventud y con ellos la facultad y la aptitud de dar satisfacción á sus apetitos sensuales. Tal vez este privilegio le fué fatal.

Entre la amistad y el amor se deslizó su existencia. Con los amigos en la campestre casa solariega, y en la de D. Benito, en el pueblo. Con la mujer... en todas partes: guardando siempre los respetos debidos á su decoro y á la sociedad en que vivía.

Sin dolencia alguna, sin sufrimientos, sin agonía, pasó de la vida á la muerte. Sólo un instante duró para él el tránsito fatal. Atónitos y apenados contemplaban sus amigos su cuerpo exánime, momentos antes lleno de vida, dudando todavía de la triste realidad. La muerte

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

mostróse con él benigna: ni alteró sus facciones, ni impuso á sus miembros, hasta pasadas muchas horas, la rigidez cadavérica. La palidez y el frio: estos fueron los únicos signos determinantes del no sér de D. Amadeo.

***

Las dos figuras principales de estos cuadros ya dibujadas, eran como núcleo y centro atractivo en torno al cual giraban y se determinaban otras varias más ó menos interesantes que sufrian su ascendiente, pero sin las cuales ni la casita al templo vecina abria sus puertas, ni en ella las dos mesas—la del verde tapete y la del mantel más ó menos blanco—tenian víctimas ni sacrificadores.

A grandes rasgos tracemos los caracteres típicos de estos personajes colocados *en segundo término*.

***

D. Longinos y D. Demetrio, hermanos entre sí y creo que algo parientes de D. Amadeo: paréceme que primo le decian.

D. Longinos, el menor en edad y mayor en corpulencia—más alto y más grueso—, era también el más escuchado y atendido entre los amigos; no sé si por más inteligente ó porque habia sabido manejarse mejor y superaba á su hermano en bienes de fortuna. Si bien es verdad, que entre

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ellos todo era común: no habia aquello de tuyo y mio.

Juntos habitaban una casa rural de su propiedad, en la cual vivian en aislamiento casi absoluto, sin otra sociedad que la de sus colonos, aparceros y criados, dedicados exclusivamente al mejoramiento y cultivo de sus tierras, de las cuales obtenian pingües rendimientos. Su vida, si vida puede llamarse la que hacian aquellos seres humanos, se sintetizaba en el labrado y abono del terreno; en la siembra y recolección de los distintos frutos; en la cria de ganado vacuno, para su servicio y para la venta, del lanar y cabrio para el aprovechamiento de leche, lana y carnes, también á la venta destinadas, y en la de aves de corral, amén de algún cerdo, todo con el mismo destino. Goces del espíritu..... quizás les fuese ignorada su existencia. Respecto á los del cuerpo, ni siquiera los groseros del comer y beber bien.

En aquella casa en que todo abundaba, porque la tierra y los corrales daban de todo, la mesa era menos que frugal.

Se comia mal, y sólo lo estrictamente necesario para sostener el organismo: *comer para vivir*, era la máxima de D. Longinos y D. Demetrio; y sus afanes y desvelos todos dirigianse á atesorar, á juntar

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

en la caja, ó en los talegos, onza sobre onza y duro sobre duro... ¿Para qué, si no tenian hijos?... ¿Pero, no es un goce para muchos, goce con ninguno comparable, el contemplar el dinero reunido á fuerza de privaciones y sacrificios, y ver un dia y otro como van engrosando, engrosando, los sacos hasta quedar repletos, y luego llenar otros y otros, y convertirse en tesoro inmenso de oro y plata acuñados, con las efigies de los reyes de distintas dinastías, lo que un principio fué mezquino acervo de roñosos ochavos y medias pesetas desgastadas?

Los dos hermanos tenian la pasión del vil metal, que diria un poeta. Estaban por lo positivo; y positiva y limpia y saneada llegó á ser la fortuna que á su muerte legaron á sus parientes: sobrinos en primero y segundo grado.

Vivieron para hacerse ricos, y atesorar fué el afan y el objeto de su existencia. Cumplidamente vieron satisfechos y realizados uno y otro.

A pesar de su amor al dinero, permitianse alguna vez que otra el lujo y la calaverada, cuando con los amigos se reunian, de arriesgar á una *sota ó un caballo*, ó á los azares del *burro inglés*, unas cuantas monedas de oro—no muchas, que eso les habiera sido imposible—,más que

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

por satisfacer el goce de jugadores, por doblar ó triplicar aquellas monedas y aumentar con la ganancia su tesoro.

Marcadas con alguna señal tenian ellos todas sus piezas de oro, como cosa de su propiedad exclusiva y que de sus manos no debiera volver á salir; y cuando, por serles contraria la suerte, en otras las veian, separábanse de la mesa del juego, paseábanse por la sala, y de vez en cuando solia D. Demetrio acercarse á alguno de los gananciosos y, señalando con el índice una de las monedas que éste delante tenia, decia con acento de reproche y desconsuelo: "Esta fué mía."

Aparte de su pasión ó de su vicio dominante, si quiere así llamársele, eran D. Demetrio y D. Longinos muy buenos sujetos: serios y puntuales en sus tratos, amigos de sus amigos, atentos y cariñosos con sus parientes y allegados, sin ser nunca con los extraños menesterosos caritativos. Poco ó nada vibró en ellos la fibra delicada del amor y la compasión al prójimo: no fué la caridad su rasgo característico.

* * *

Reverso de la medalla de estos dos hermanos era D. Victoriano. Carácter franco y generoso, espíritu cultivado, corazón abierto á todos los sentimientos nobles, D.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Victoriano adquirió en extrangera tierra sólidos conocimientos en la profesión consoladora y humanitaria á que se dedicó, con vocación verdadera, logrando distinguirse entre sus condiscípulos durante los cursos de su carrera, como se distinguió y sobresalió más tarde en la práctica de su difícil arte.

Enamorado de éste lo ejercia con entusiasmo sentido y noble desinterés; y sin fijarse jamás en el mucho ó poco provecho que de él le resultase, mostróse siempre desprendido y caritativo con los que carecían de recursos para satisfacerle sus honorarios.

De esta suerte se ganó las simpatías de todos y conquistó los corazones de los desheredados de la fortuna: fué para estos un amigo cariñoso. No adquirió riquezas, porque las despreciaba; pero obtuvo lo que vale mucho más que el oro y que la plata: el respeto y la consideración de sus iguales y el afecto de sus inferiores. Bien puede asegurarse que D. Victoriano no tuvo un enemigo, y que, todavía hoy, existe quien tributa á su memoria recuerdo sentido de gratitud.

Pequeño de cuerpo, pero de alma grande y generosa, su característica fué una actividad constante del espíritu que le impulsaba á rendir culto fervoroso á la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ciencia que cultivaba con entusiasmo y fe. Su profesión era para él un verdadero sacerdocio.

Accidentes fútiles y sin importancia, fueron siempre, para este hombre encariñado con las dolencias de la humanidad, los goces materiales de la vida; por más que su educación en la capital ilustrada y culta por excelencia donde pasó su juventud le hiciera adquirir gustos refinados en ciertos pormenores de la existencia y costumbres un tanto sibaríticas.

Su mesa era modelo de delicadeza y esplendidez; más que por la variedad de los manjares y por su confección exquisita, por la manera primorosa de presentarlos, por el arte que presidía al arreglo y disposición de vajilla y cristalería, por la factura elegante de éstas, por la finura del tejido y artísticos dibujos de los albos manteles y servilletas, en una palabra, por todos esos mil detalles de ornamentación, que son para las personas de buen gusto más interesantes que la comida misma, é influyen poderosamente en los goces que ésta proporciona á los paladares delicados.

En muy poco—ya lo hemos dicho—tuvo D. Victoriano siempre el dinero. Cuanto adquiría, y más, lo gastaba sin tasa ni medida en su casa y con sus amigos.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Pudo llegar á rico en su pueblo, pero no fueron sus características la mezquindad y el ahorro.

Esa actividad constante del espíritu que, ya lo dijimos, era el rasgo típico de su carácter le impelía, en los ratos en que desocupado le dejaba el ejercicio de su profesión, á reunirse con sus amigos y con ellos pasar algunas horas del día *tirándole de la oreja á Jorge*.

La suerte que se le mostró siempre adversa, llegó á la larga á irritarle, y á convertir *en pasión* vehemente lo que *un principio* fué sólo pasatiempo ó medio de distracción. Cuando perdía (casi siempre), tomaba cuerpo y forma reales en su fantasía acalorada la *contraria suerte*, y *con* ella entablaba ruda lucha cuerpo á cuerpo, en la que quedaba vencido moral y materialmente.

Los graves compromisos y sinsabores acerbos que estas bregas *continuas* le ocasionaron, llevároníe fatalmente á buscar el olvido de su situación angustiosa en libaciones repetidas de bebida infernal que embotó su inteligencia y estragó su organismo.

¡Murió D. Victoriano! Y su muerte fué golpe que repercutió dolorosamente en muchos millares de corazones; y la conducción de su cadáver al *lugar del eterno*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

descanso, espontánea y dolorosísima manifestación de duelo.

Anciano él ya y muy joven yo todavía, sentíame atraído hácia aquel ser generoso y benévolo que me inspiraba ardientes simpatías y respeto afectuoso: más de una prueba me dió de la ternura casi paternal con que me distinguía.

Al hacerlo constar aquí, tributo al recuerdo de D. Victoriano la expresión de la gratitud que le debo y nunca olvidaré.

*
* *

¡Don Valentín!

Con pena y desconsuelo estampo aquí su nombre.

Le quise como se quiere á un amigo del alma: á un compañero de toda la vida.

Casi un niño era yo todavía cuando le conocí y le traté: él un hombre en la plenitud de la vida. Contaría entonces de treinta y cinco á cuarenta años.

Y no fué obstáculo la diferencia de edades para que nuestras almas se unieran, para que se armonizaran nuestros caracteres, como si hermanos gemelos hubiésemos sido.

Verdad es que raras veces, bajo la envoltura humana, late un corazón tan generoso y expansivo como el de D. Valentín. Por excepción peregrina y singularísima dota á un ser la naturaleza de las

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

condiciones y circunstancias que en él se reunieran para constituir un carácter tan extraordinariamente original.

Nacido en dorada cuna; huérfano de madre en la adolescencia, con un padre poco cuidadoso de esa primera educación doméstica informadora de los sentimientos y del modo de ser del hombre futuro, D. Valentín creció y se desarrolló moral y físicamente casi en libertad absoluta. No obstante esta circunstancia y la de haber pasado lejos de los suyos los primeros años de su juventud, expuesto á los viciosos ejemplos y á los consejos perniciosos de otros jóvenes, sus compañeros de estudios universitarios, no se corrompió aquel espíritu fuerte y sano; no se maleó aquel corazón de niño; no se torcieron sus rectas inclinaciones, ni el trato y roce continuos con muchas y distintas personalidades, ni la triste experiencia de los años, le robaron la confianza descuidada, la inocencia casi candorosa, constitutivas del fondo de su carácter y de sus sentimientos.

D. Valentín fué hombre, y llegó niño á la edad madura: por la delicadeza y ternura de su alma y por la facilidad compasiva con que se asimilaba y hacia propios los ajenos sufrimientos.

Terminó su carrera *pro-formula*, no

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

porque hubiera de hacer valer su título, ni ejercer de jurisperito. Los *ergos* y *distingos* de la filosofía del derecho; la elástica y acomodaticia interpretación á que las leyes se prestan y los sofismas y argucias de los leguleyos, reñidos estaban con su carácter recto y justiciero, con la nobleza y generosidad de su alma.

Volvió á su pueblo al terminar sus estudios, sin que los conocimientos adquiridos ni los años pasados en el duro aprendizaje de la existencia, hubiesen modificado en poco ni en mucho sus cualidades ingénitas. Franco, confiado, é ignorante de las decepciones que amargan la vida salió del hogar paterno; y á él tornó sin que su entidad moral sufrido hubiese cambio ni transformación apreciables.

De la vida de estudiante de su época—vida un tanto libre, independiente y desligada del trato y de las conveniencias sociales—guardó D. Valentín ciertos resabios.

Rendía escaso culto á la gracia y hermosura femeninas, y no frecuentaba la sociedad de las señoritas de su clase. El amor fué en él, más que sentimiento del corazón, deseo y apetito de la carne. Una de tantas necesidades naturales que, una vez satisfecha, no turba el ánimo ni deja en él impresión alguna, hasta que á sen-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

tirse vuelve el estímulo de satisfacerla de nuevo.

Las murmuraciones y chismografías, propias de un pueblo pequeño, le divertían y encantaban; y era digno de notarse que acogía siempre con marcada fruición las que á las hembras se referían, adornándolas é ilustrándolas con exajeraciones hiperbólicas, cuando las repetía y comentaba.

De humor jovial y muy decidor, complacíase en la burla y en la sátira con los amigos; no por mortificarles y ofenderles, sino por darle gusto á la *sin hueso* y reírse á mandíbula batiente. Sus críticas punzantes, sus frases cáusticas jamás salían del corazón. Todas eran pura broma y pretexto para dar satisfacción á su chispeante locuacidad.

Carácter siempre igual y consecuente, costábale mucho trabajo incomodarse, y de sus amigos todo lo soportaba. Si alguna vez se sentía vivamente contrariado, la manifestación de ese sentimiento sólo duraba en él breves instantes, y pronto á imponerse volvía su natural alegre y expansivo. *Genio y figura hasta la sepultura:* anciano ya, achacoso y abrumado bajo la pesadumbre de compromisos y disgustos fué el mismo siempre D. Valentín.

Ajeno á los afectos conyugales y á sus

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

dulces derivaciones, pasó su existencia residiendo unas veces largas temporadas en su vetusta casa solariega, en el pueblo natal, asistido por una como ama de llaves ó directora de cocina y alcoba—ejemplar típico de esas mujeres que suelen entrar de servidoras en la casa de un solterón y llegan á convertirse en dueñas y tiránicas dominadoras;—y otras, que solían ser frecuentes, en la capital, donde vivía solo en casa propia y almorzaba y comía en la fonda, cuando no era comensal de D. Benito y D. Amadeo, sus amigos íntimos, cuyas expansiones é *inocentes* recreos compartía.

A pesar de su aislamiento y de la frialdad de su hogar, no se secaron en su corazón las fuentes de los sentimientos tiernos y compasivos, y dispuesto estaba siempre D. Valentín lo mismo á socorrer un infortunio, que á arriesgar cinco duros al azar de un *pároli* de *rey y cinco*. Los *párolis* le seducían y subyugaban.

Estos y la escasa ó ninguna atención que prestara á la administración de su cuantiosa fortuna, de la cual sólo se ocupaba incidentalmente, cuando le faltaba dinero, le pusieron en los últimos días de su vida en situación difícil y hasta angustiosa.

Indiferente, descuidado, sin pensar ja-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

más en el mañana, procurando engañarse á sí mismo respecto al estado de su hacienda, formando de continuo propósitos de reformar sus hábitos y costumbres y dedicarse á cuidados y atenciones urgentes para reparar las brechas abiertas en su capital por sus dispendios excesivos y compromisos onerosos, aquel ser indolente y extraño á las miserias del vivir, rodó por la pendiente fatal del abandono hasta la negra sima del no tener y de la penuria. Y al chocar en su duro fondo, organismo formado para una existencia libre de imposiciones y de trabas, se rompió y deshizo.

Apenado me dejó su pérdida; y con sentimiento íntimo y verdadero he dejado correr la pluma para tributar un recuerdo á su memoria y á la amistad acendrada que le profesé.

* * *

Con estos personajes á grandes pinceladas delineados; con D. Apolo y D. Maximino, más amante el primero de las Musas que de las tareas oficinescas á que le obligaba su cargo de empleado en Hacienda (para el cobro de ciertos impuestos y derechos); más fiel guardador de lo ageno que de lo propio, un si es no es atolondrado, y con el prurito, por añadidura, de referir casos y cosas á sí mismo relati-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

vas, que nadie creia y que él, con su poderosa facultad imaginativa, llegaba á fingirselas reales y ciertas; y el segundo, joven de esos que en las Americas califican de *muy vivos*, dotado de gran ingenio para buscar los garbanzos del dia y agenciar algo para el mañana, y bastante instruido en el difícil arte de saber perder algo para ganar mucho: arte que estriba en el conocimiento de los hombres con quienes se trata y de sus preocupaciones y flaquezas, con estos personajes, decia—ya pasados á la historia—, formando un total de ocho, y algunos más, todavía hoy existentes, *se componia* la tertulia ó reunión de amigos que en la casita, al principio descripta, del buen viejo D. Benito, asociado para los gastos de comedor á D. Amadeo, tenia su asiento distintas temporadas, durante la estación de frios y lluvias, con sesiones permanentes, en ocasiones, de seis y de ocho dias consecutivos, sin perdonar sus sendas noches.

***

Figurémosnolos sentados en torno á la mesa del comedor y, mientras manejan tenedor y cuchillo, oigamos como en los momentos en que, entre bocado y bocado masticado y engullido, dan paz á las mandibulas, refiere D. Valentin, con sus pelos y señales—como si visto lo hubiese

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—un suceso verde y picante en que es heroina fulanita ó menganita, cuya piel queda hecha trizas por las temibles tijeretadas de su lengua mordaz.

Como comenta el hecho, entre un reniego y un bufido, D. Amadeo, y como D. Victoriano sale á la defensa de la dama, atenuando el caso ó poniéndolo en duda. Como D. Apolo, inspirado en lo que acaba de oir, intenta relatar una aventura amorosa que á él le ocurriera en sus mocedades; aventura que todos ponen en *cuarentena*, y apropósito de la cual le dispara D. Valentin dos ó tres indirectas cáusticas de las del Padre Cobos. Como mientras se adoba el cuero á la infeliz, quizás virgen, y mártir de la calumnia, D. Benito dirije á unos y otros miradas picarescas por cima los cristales de las gafas, y anima su cara plácida, maliciosa sonrisa. Como el sério y estirado D. Longinos escucha caer atento y sin pestañear aquel chaparrón de críticas y chismes, mientras su hermano D. Demetrio, á su lado, se hace el sueco y sigue abstraido en la dulce, confortativa faena de trasladar á su estómago los buenos bocados que nada le cuestan, en desquite de sus ayunos y privaciones voluntarios.

Dejan por fin aquellos curtidores tranquila á la víctima ó víctimas de su ma-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ledicencia; gira la conversación sobre otro asunto y háblase del bueno ó del mal tiempo y de como será ogaño la cosecha. Rompe entonces su mutismo D. Longinos, y pinta, con el pesimismo exagerado que le sugiere su afán de labrador codicioso, el mal estado de los trigos por la aljorra y el *pulgón*; lo amarillo y mustio de los garbanzos por la escarcha; la viña invadida por el *oidium*, sin esperanzas de estirparlo á pesar del mucho gasto de azufre; la epizootia (*morriña* decia él) que hacia estragos en el ganado lanar, y otras mil plagas que invadian y devastaban animales, árboles y plantas. D. Victoriano le oye con gesto desdeñoso—como quien oye llover;—encójese de hombros D. Valentín, y D. Apolo recita una poesía bucólica de Garcilaso, mientras D. Amadeo asegura que la viña de su majuelo está sana y frondosa y que sus trigos de la Vega se han librado de la *mácula*.

Háblase de política, y D. Valentín, á fuer de buen liberal, truena y se indigna contra Narvaez y sus procedimientos reaccionarios; pronuncia un elocuente y patriótico *speak*, y termina: "¡Pásmense Vds., señores! ¡Nunca los progresistas cometido hubieran tales atropellos!" D. Amadeo le replica, poniendo á los repúblicos de ambos partidos como no digan dueñas, y D.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Benito se acuerda entonces del tirano Rosas (argentino), y habla de los *salvajes unitarios*, de las guerras intestinas del Uruguay, de Orive y otros ilustres americanos, sin olvidar á D. Simón Bolivar el de Venezuela. A D. Apolo se le viene á las mientes un sucedido de la guerra civil de los siete años en que fué actor un su pariente, que jamás estuvo en España; pero se lo destripa D. Valentin con sus carcajadas y cuchufletas. D. Demetrio no interviene tampoco en la discusión política, pero come y bebe; y lo mismo hace D. Maximino, mientras observa y estudia á unos y otros. Interviene en el debate un D. Urbano, con una vaciedad que recoje D. Valentin para tomarle el pelo. Este D. Urbano estaba entonces y está todavia por *urbanizar*; pero, ¡es hombre rico!

Llegan al café; D. Amadeo y D. Valentin encienden sendas pipas; D. Longinos y su hermano fuman pitillos; le da fuego á una tagarnina D. Benito; D. Victoriano masculla el rico veguero y, entre la humareda del mismo combustible de distintas formas y calidades y las copas de ron y de cognac, paladeados por unos y bebidos de un trago por otros, termínase la comida y pasan anfitriones y comensales á la sala ó séase *cuarto del crimen*.

—

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

***

Antes de entrar en éste iremos un momento á aspirar el aire puro del mar vecino que se divisa desde la puerta del patio á la calle; en tanto se prepara la mesa de los *sacrificios*, se enciende las velas, se saca los libros de *texto*, propios para aquel *curso*, y da comienzo la función, después de llenas las formalidades del *ritual: pujar la banca, echar ases etc.*; ó prepara los naipes para el *burro inglés* ó para la partida de *golfo*.

Penetremos ya en la estancia.

Uno de los *sacerdotes* empuña en la izquierda mano el *libro de oraciones*, y con la diestra saca primero, una á una, cuatro hojas del volúmen—las dos primeras y las dos últimas—que pone sobre el tapete formando un rectángulo. *Los fieles* van colocando *sendas ofrendas* junto a las hojas y, una vez colocadas, oyese la *voz del celebrante* que, con grave entonación, pronuncia la *frase sacramental:* "juego." Vuelve el *sacrificador el lomo sagrado* y D. Valentin quitándose la pipa de la boca exclama: "Voy á jugar: *pároli* de rey y cinco," y entre las dos hojas indicadas deposita su óbolo. Va tirando de los fólios el *celebrante* y aparece el rey: D. Valentin da un salto en su asiento y le aprieta la oreja á su *ad-latere*, manifestación en él

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

de mejor contento. D. Victoriano se tira del bigote y masca su tabaco con movimiento nervioso: señales de que ha perdido. D. Apolo, lápiz en ristre, hace anotaciones cabalísticas en un papel; D. Maximino retira doblada *su ofrenda* y los demás, unos hacen otras nuevas, otros observan las peripecias del acto.

Sigue arrancándole fojas al breviario el oficiante: silencio absoluto. Todos los ojos fijos están en el tomo que se va deshojando; y en todos los rostros, en unos más que en otros, retrátase la ansiedad mas viva.

Aparece en una de las páginas la figura contraria al cinco. D. Demetrio pone cara de regocijo; cruza con una raya D. Apolo uno de los apuntes de su papel; D. Victoriano levántase bruscamente, tira el cigarro y se dirige á una mesita inmediata á refrescar las fauces, y D. Valentín da con el puño golpe violento sobre la mesa murmurando con rabia: "¡Y no morirse esa sota„!

La sota era la contraria al cinco; pero en seguida le pasa el acceso y dirige á cualquiera una pulla que el mismo celebra con risas.

Reune el *sacrificador* las hojas sobre el tapete esparcidas, forma de nuevo el tomo, y el acto se repite una y muchas veces, con variaciones de *entreses, cachu-*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

chas, mamarán y *elijan*, intercaladas en el curso de la celebración, hasta que, ya hecho su negocio ó víctima del azar, el que lleva la batuta dice: "Otro talla," y deja el puesto.

Durante la sesión, se ha levantado más de una vez de su asiento D. Demetrio para acercarse á D. Maximino ó á otro de los ganancioso y, después de examinar con ojos tristes algunos de los aúreos bustos de Felipe V., Carlos III, Fernando el *Deseado* ó D.ª Isabel, exclama con voz doliente la frase consabida: "¡Esa fué mía!" D. Victoriano ha destripado más de cuatro tabacos menudeando las libaciones; D. Valentín ha encendido varias veces la pipa y deseado otras tantas ó más la muerte á doses, sietes, caballos y ases, sin perder nunca su humor chancero; D. Amadeo ha lanzado muchos bufidos y reniegos; D. Apolo ha llenado sus papeles de signos, sin que su pérdida ó ganancia haya excedido la cantidad módica de tres á cuatro pesetas; D. Maximino ha hecho su agosto y D. Benito, chupa que chupa su feroz tagarnina, mira á unos y otros y dice de vez en cuando á los quejumbrosos; "el que no quiere tamo que no vaya á *l'era*."

*
* *

Y en ésta y otras inocentes distracciones y en las no menos inocentes de comer

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

y beber bien y murmurar del prójimo—sin la intención mas leve de hacer daño, por supuesto, y sólo por pasatiempo—se pasaban aquellos buenos amigos, reunidos dentro de las cuatro paredes de aquella humilde casa, semanas y meses; sin cansarse de perder los desgraciados, afanosos de ganar más los venturosos.

***

Terminados están los cuadros. Resucitados por mi pluma, tal vez indiscreta, han revivido el espacio de breves momentos sus personajes.

Séales á todos la tierra leve: que su memoria merecedora es de todos mis respetos.

Mayo de 1896

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

TIPOS DE MI TIERRA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LA CASILLA DEL RESGUARDO

A la Sociedad

"Democracia de Arrecife"

—

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LA CASILLA DEL RESGUARDO

¡Ya no existe!

La piqueta de las reformas urbanas la derribó; y en su lugar se alza hoy edificio más importante y de mejor aspecto.

Esta piqueta reformadora, como han dado en llamarla, embellece, es verdad, las poblaciones y las restaura y remoza; pero, también es cierto, que, á los que vamos para viejos, nos entristece el ver, como, á sus golpes, desaparecen casas y cosas llenas para nosotros de recuerdos halagüeños de la juventud.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Más que modesta, era pobre y humilde la casita. Apenas si merecía este nombre: un solo piso, una habitación única y un patio muy pequeño. Inmediata al mar, la resaca la salpicaba muchas veces con sus espumas. Tenía una ventana y una puerta. La ventana se miraba en el líquido espejo; la puerta abríase á una plazoleta formada en la calle por el frontis de un almacén y la fachada posterior de una casa á éste contígua—rezagadas tres ó cuatro metros de la alineación de aquella—y la pared del frontis de la casita y otra calle perpendicular á la anterior, á lo largo del costado del almacén.

Me acuerdo que la puerta de éste estaba cerca de un metro más alta que el piso de la plazoleta, y que á ella se subía por una rampa de mampostería, junto á la cual yacía, desde muchos años antes, grueso bloque de mármol prismático rectangular, traído no sé de donde.

¡Cuántas memorias felices conservo de este sitio, del puente á él vecino y de las casas inmediatas!

Muchas, muchísimas tardes de los días alegres de mi niñez, corrí y jugueteé por allí con mis compañeros. Próximas estaban dos casas para mí muy queridas: la de mis abuelos maternos y la del que fué más tarde mi amigo verdadero. En am-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

bas, indistintamente, dábamos breves treguas á nuestros juegos; confortábamos nuestros estómagos con alguna sabrosa golosina y encontrábamos consuelo y alivio á nuestros quebrantos cuando, llorosos y maltrechos, á ellas acudíamos buscando consuelo ó remedio á algún desaguisado ó descalabradura sufridos.

Recuerdo, pero de manera muy vaga, que la casita fué un tiempo—muy cerca de cincuenta años hace—algo así como cuartelillo ó puesto de un cabo y dos carabineros, encargados de la vigilancia aduanera del puerto. Más tarde, se convirtió en casilla de los prácticos ó pilotos del mismo, en la cual se custodiaba el timón, bandera, remos y demás enseres del bote en que aquellos salían á señalar á los buques el fondeadero; y también se guardaba la bandera timón &. de la falúa de la Sanidad, á cargo ésta (la falúa), de un gallego de mal talante y lisiado de uno de los remos inferiores por más señas.

En la casilla se reunían todos los domingos y días de fiesta, desde las diez de la mañana hasta las dos, y de cuatro á seis ó siete por la tarde (según la estación), varios amigotes viejos marítimos y terrestres, á jugar á la Brisca, Malilla, Solo, Napolitana y otros juegos de puro pa-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

satiempo: pretexto para beberse unas cuantas botellas de lo blanco ó de lo tinto, ó unas copas de ron que pagaban los perdidosos.

Veíase allí al patrón Señor Mateo Antonio, anciano ya, pero robusto y de fuerte contextura. Cara redonda, muy espesa la barba cana, y muy encrespadas las cejas, sobre unos ojos grises de córneas sanguinolentas; nariz algo chata, de encarnación muy roja, y boca grande con labios gruesos y agrietados.

Había servido en sus mocedades de NUESTRAMO en algunos buques de la carrera á América y luego fué patrón de uno propio dedicado al cabotaje. Dejó el servicio activo y en la actualidad desempeñaba las funciones de práctico del puerto.

Hallábase en su compañía su colega en practicaje—maestro Colás le llamaban—: viejo de pocas carnes, pero sano y de musculatura recia. Tipo opuesto al de su compañero: el uno alto y grueso, de cara ancha, retratando la bondad y la franqueza; el otro de baja estatura, seco, con una fisonomía en cuyos rasgos se dibujaba la astucia y el recelo, con algunas líneas muy acentuadas de carácter tenaz é irascible. Unos ojillos azules muy vivos daban indicios de su clara inteligencia; y

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

servía de marco á su rostro, siempre afeitado, un collar de barba estrecho, que, á manera de barboquejo, arrancaba del cabello sobre ambas sienes y rodeaba cara y cuello. También ejerció de contramaestre, sirvió en la armada Real y, de sus viajes á Oriente y Occidente, contaba muchos y variados episodios.

Con estos dos lobos de mar se juntaban otros de tierra.

Un viejecito ya encorvado por los años, que eran muchos, pero vivaracho, alegre y decidor; muy aficionado al sexo, al cual todavía rendía culto á pesar de sus setenta. Un molino de su propiedad en las inmediaciones del pueblo, era—según los maldicientes—el escenario de sus comedias amorosas. Por su edad y por su natural benévolo é indulgente, todos le denominaban *papá Juan*.

Un maestro calafate, hombre corpulento y forzudo; manos y brazos de acero, desarrollados en el manejo del mallo y de los hierros de meter y cortar estopa. Manos y brazos capaces de derribar un buey de un puñetazo: temibles si hubieran de obedecer á una voluntad y á una intención menos mansas y compasivas: un cuerpo de gigante con un corazón de niño, era *hermano* Bonifacio; conocido por todos por este dictado cariñoso.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Un carpintero de ribera chancero y buen vividor: no conocía penas, y sus características eran la burla y la broma. De todo y por todo se reía. Habíanle puesto un apodo y no le gustaba que le nombrasen por él. Cuando algún amigo se permitía esta libertad, no le hacía maldita la gracia, y murmuraba amostazado: "eso de motes y apodos es cosa de gente baja y mal criada."

Otros dos ó tres personajes más formaban con los citados la tertulia de la CASILLA DEL RESGUARDO—así la nombraban—, en la cual tenía entrada y solía echar su cuarto á espadas el gallego cojo que servía á los tertulianos de asistente ó ayudante para fregar vasos y copas y traer las bebidas, con alguno que otro bocado excitante de la sed: eso que llaman *armadero* los bebedores en su jerga tabernaria.

Solía de vez en cuando asomar las narices á la puerta de la casilla, echar un párrafo y hasta una mano á la Malilla, el dueño de la bodega cercana, de la cual se surtían los tertulianos. Aunque no se le pueda contar en el número de éstos, por su facha y figura originales, merece ser conocido.

Más bien alto que bajo, y grueso antes que delgado, tenía en sus hombros un

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

desnivel notable: el izquierdo más alto que el derecho; parecía que éste arrastraba consigo la cabeza. Llevaba ésta cubierta de ordinario con sombrero de copa, que, obedeciendo á la inclinación de la misma, aparecía á veces en línea paralela al horizonte. Vestía siempre de chaqueta—de paño obscuro en el invierno, de dril blanco en el verano—,chaleco y pantalones invariablemente de esta última tela. De genio comunicativo y condescendiente, tenía parroquia numerosa; y en su bodega se arreglaban, por sumediación, cuentas y diferencias entre vendedores de pescado, pescadores y trabajadores del muelle. Llevaba las partidas del *debe* de sus parroquianos en la pared con rayas hechas con carbón, ó con yeso detrás de la puerta, y no las equivocaba, por más que, respecto de muchas de estas cuentas, poco le importara el yerro ó la omisión: muchos de los deudores pagaban en los tres plazos consabidos: tarde, mal y nunca.

El viejo bodeguero no se alteraba por ésto y esperaba paciente á los morosos. Sólo en muy raros casos les hizo sufrir persecuciones de alguaciles y otros canes de la trailla curialesca.

Pasaba horas enteras el Señor Antonio Juan (éste era su nombre) paseando de-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

lante de su despacho de bebidas, y me parece estarle viendo en este instante tal cual era, con su cara de hombre serio y honradote á carta cabal, sus manos en los bolsillos de la chaqueta, su cabeza inclinada sobre el hombro derecho y su sombrero de poco pelo y color de ala de mosca en posición horizontal.

Volvamos á los socios de la CASILLA DEL RESGUARDO.

Juntábanse en ella, como dejamos apuntado, esos lobos de mar y de tierra, viejos ya casi todos y, por ende, inofensivos, los domingos y días feriados á echar una cana al aire y tener un rato de expansión, tomando unas copas y jugando á los naipes el importe de éstas.

Allí el patrón Señor Mateo Antonio refería á sus amigos los lances del último viaje á la costa africana de su pailebot, dedicado á la pesca del salado; y les daba cuenta de las ganancias que le produjera dicho viaje por sus soldadas como dueño. Alababa la valentía con que, contra mar y viento, se había defendido el barquichuelo en el temporal del Noroeste que le había cogido en la travesía (*traviesa*, decía él), y contaba, con pelos y señales, las maniobras practicadas á bordo para *aguantarse á la capa* y los apuros en que se vieron sus tripulantes un día en

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

que, no pudiendo resistir ya el empuje de las olas y del viento, tuvieron que *derribar, rompiendo la capa*, y correr en popa. Este relato, hecho por referencias del patrón de mar de la embarcación, lo acompañaba el bueno del señor Mateo Antonio con las voces propias de mando, dadas á gritos, mezcladas con algunas de las variadas interjecciones del léxico de la gente de mar y acompañadas con los movimientos adecuados al marinero que iza un foque, que coge un rizo á la mayor ó á la trinqueta, que sube por un obenque ó estay á ejecutar una maniobra peligrosa, ó que, amarrado con los guardines del timón resiste, afianzándose en la caña con las manos y en la cubierta con los pies, los terribles balances que imprimen al ligero esquife las alborotadas olas. Cuando terminaba su narración estaba el Señor Mateo jadeante y sudoroso. Limpiábase la frente con el dorso de la diestra, echábase un vaso de vino al coleto, casi de un trago, y, ya reposado, seguía contando hazañas de su *navío* y *de su gente* hasta que el maestro Colás lograba meter baza y se quedaba en el uso de la palabra.

Este oponía siempre á las proezas referidas, otras realizadas por él y sus compañeros en las campañas marítimas con-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

tra ingleses y franceses; hechos heróicos en que, después de terrible cañoneo, venía el abordaje y la lucha al arma blanca. ¡Y no eran hachazos, cuchilladas y mandobles, los que repartía el maestro Colás! En lo más recio de la pelea y cuando los contrarios caían como chinches al mar y sobre el puente de su buque, á los certeros y tremebundos golpes del contramaestre, solía interrumpirle el zumbón del carpintero de ribera, lanzándole alguna objeción dubitativa para tomarle el pelo. El nuestramo le miraba con desdén y lástima, se encogía de hombros y seguía su narración mientras el carpintero se reía por lo bajo sin creer de ella ni una palabra.

El *hermano* Bonifacio, que casi nunca jugaba, pero bebía, escuchaba atento y sin pestañear, sentado en su sillela, todos estos relatos y, al fin y á la postre, tal era la atención que les prestaba, se quedaba dormido sin intervenir en ellos de otra suerte.

Papá Juan sí que era aficionadillo á los naipes y por un envite daba la camisa. ¡Y no era menuda la gresca que armaba cuando su compañero le hacía una mala jugada y equivocaba la seña de la malilla ó de la sota! Poníase en pié, daba puñetazos sobre la mesa y ni el *sursum corda*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

le hacía creer que él sólo tenía la culpa de la pérdida del *chico*. A cada jugada, una discusión que degenaraba en disputa, con el acompañamiento obligado de *ajos* y *cebollas*.

¡Gran tipo *papá Juan!*

Entre copa y copa y entre *chico* y *chico*, mientras barajaban los naipes y ajustaban la cuenta del tanteo, contaba el bueno del vejete sus empresas y aventuras con las hembras.

Relamíase de gusto al referir que la Petra, criada del Alcalde, había quedado en ir al molino—al sacrificio, como si dijéramos—al día siguiente; que una casadita de pocos meses tomaba varas y que, de fijo, sucumbiría como otras muchas, é iría también al molino. Que en una zapatería, á donde solía ir á pasar algunos ratos, se murmuraba en días pasados del estado *demasiado interesante* de la Marcelina, chica muy linda y recatada, cuya virtud nadie había puesto en duda hasta entonces. Y era digno de ver como el vejete, con sus sonrisas maliciosas, salvedades y reticencias, quería insinuar á su auditorio la idea de que el fruto que llevaba en su vientre la hermosa y poco precavida Marcelina era obra suya.

El carpintero de ribera, cuando más entusiasmado le veía, desataba la sin hueso

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

y; "Todo eso que V. nos cuenta de la Petra, la Marcelina y la casadita de pocos meses, supongo lo habrá V. soñado anoche—deciale con sorna;—pues no es creible que á sus años las muchachas le hagan caso, ni V. pueda dar satisfacción á los deseos de éstas."—¡Calla, tú, tonto! replicaba el viejo verde ¡nadie sabe de lo que yo soy capaz con las mujeres!—Y se quedaba tan ufano y orgulloso, como si fuera verdad lo que afirmaba.

Con las narraciones náuticas y belicosas de los contramaestres; las imaginarias victorias amorosas de *papá Juan*, los cuentos y chismes del mismo, de un verde muy subido; con las chanzas y bufonadas del carpintero de ribera y su risa sempiterna; los ronquidos del *hermano* Bonifacio, que despertaba sólo para apurar la copa; con los sendos tragos de vino ó de ron que se propinaban los comensales, las peripecias del juego y el chupar la tagarnina y la pipa, pasaban horas y horas, reunidos en la CASILLA DEL RESGUARDO, ya borrada del plano topográfico de mi pueblo, estos lobos de mar y de tierra: tipos de los cuales ya en él no queda ni un solo ejemplar.

Otra edad: otros hombres, otros usos y otras costumbres.

Mayo de 1896.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

TIPOS DE MI TIERRA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Doña Marta.

A MI QUERIDA HERMANA

María Ana.

Aunque la varíe el nombre, creo descubrirás, por el retrato, quién fué esta Doña Marta, y la recordarás complaciente.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

DOÑA MARTA

Señora de campanillas, pero sin los remilgos y las etiquetas propios de las de su clase, trataba á iguales é inferiores con llaneza y amabilidad afectuosas. A todos sus conocimientos los media en su familiaridad ingénita por el mismo rasero y á todos les nombraba siempre por el diminutivo de su nombre, así contasen más años que Matusalén. Carácter benévolo, cándido y jovial, conservó casada y viuda la inocencia ignorante y sin malicias de la doncella impúber nacida en buenos pa-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ñales y con recato escrupuloso educada junto á una madre virtuosa, dama del siglo pasado, de severas, cristianas costumbres.

Creció la niña y desarróllose su no muy pérspicua inteligencia en un medio ambiente místico, saturado de escrúpulos y preocupaciones.

Pedía la bendición á sus padres al acostarse y al levantarse; rezaba el rosario en familia, cumplía con la Iglesia y asistía puntualmente á jubileos, novenarios y procesiones, amén de los ayunos en cuaresma y días de vigilia. Mas su natural alegre y expansivo triunfó del medio y de la educación religiosa: fué una buena cristiana, humana y compasiva, pero no hipócrita ni gazmoña. Casáronla—que no se casó ella—muy jóven con un su pariente: uno de esos matrimonios de conveniencia que se arreglaban antes y aun hoy se arreglan en familia. Y si sumisa estuvo doncella á la autoridad paterna, sumisa continuó casada á la voluntad ó al capricho de su esposo y señor. No hizo más que cambiar de dueño: sus padres por su marido.

Pero el carácter de Doña Marta no se alteró en nada por el cambio. Con la misma paciencia y tranquilidad inalterables con que oía consejos y advertencias de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

los que la dieron el ser y les obedecía, escuchaba los mandatos y observaciones de su cónyuge, no muy suave ni amoroso en su trato íntimo conyugal.

Verdad es que el pariente no se casó *enamorado; que los atractivos de Doña* Marta no eran grandes, y que ella, como tampoco simpatizaba mucho con él, no se esforzaba por realzarlos, ni empleaba los recursos que el amor, á falta del ingenio, sugiere á la mujer amante para conquistar y atraerse al hombre á quien adora.

No obstante, reinaba en aquel hogar una paz octaviana—*sólo interrumpida* de vez en cuando por alguna impertinencia acrimoniosa del marido que, dicho sea de paso, iba ya para *villa vieja*—,gracias á la obediencia pasiva de su dueña y á la indiferencia con que ésta oía los *sofiones* maritales.

Así vivieron algunos años, hasta que la Parca vino á desatar muy oportunamente, cuando á Doña Marta, á pesar de su pasividad, se le iba ya haciendo pesada la cruz con que, sin consultar su voluntad, la cargaron, aquel lazo formado más por el interés que por la inclinación y la prudencia.

Libre ya Doña Marta del yugo marital y fuera de la patria potestad, si no varió de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

carácter, varió sí y mucho de hábitos y de costumbres.

Se acabó el ayunar contínuo en la época cuaresmal y en los dias de precepto: decia que los ayunos la debilitaban y le producian trastornos orgánicos; y añadia —no sé á quien oiria la especie—que la salud del cuerpo reñida no estaba con la del alma. No más jubileos y novenarios: la atmósfera de la iglesia, con sus emanaciones de incienso, de cera derretida y otras que de los fieles provenian, no muy sanas ni aromáticas, la asfixiaba y ocasionaba intensas cefalalgias. Cumplia sí como buena devota el precepto de oir misa los Domingos y fiestas de guardar; y á ésto quedaron reducidos los actos exteriores de sus creencias religiosas.

En lo que más se determinó é hizo patente la transformación de sus costumbres, fué en el aliño y adorno de su persona. Antes, poco ó nada cuidábase de éstos, ahora les dedicaba atención minuciosa, se esmeraba en el vestir y, sobre todo, en el arreglo y ornamentación de su cabeza. Horas enteras pasaba ante el espejo, ocupada en la formación de bucles y rizos; en la corrección de las curvas que su cabello, dividido en dos cortinas, delineaba sobre su frente y sienes, y en la más graciosa y artística disposición de los enca-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

jes, cintas y blondas de sus tocados y cofias.

Es de observar que en esta reforma radical, realizada en su gala y atavio personales, no siguió Doña Marta las imposiciones y mandatos de la moda del dia. No quiso someterse á su tirania, harta sin duda de las ya soportadas, y el corte de sus faldas, el color y la forma del corpiño, la disposición en éste de lazos, botones y avalorios, y muy particularmente su tocado eran *sui géneris*, completamente originales: obra exclusiva de su gusto y de su capricho, con tendencias á lo que habia advertido en la indumentaria de su abuela y de su madre. De esta suerte empabezada Doña Marta, y trascendiendo á esencia de Pachouli—su perfume favorito—atraía las miradas de todos y mal disimuladas burlonas sonrisas.

Estrechó entonces los lazos que la unian á su parentela é intimó con sus amigas y simples conocidas, á las que trataba con afabilidad y atención agasajadoras, dándolas los más cariñosos epitetos: á las parientas las decía siempre, fuera cual fuese el grado de consanguinidad, primita del alma, y á las amigas, hermanita; no cansándose de besarlas y acariciarlas y de prodigarlas toda suerte de mimos y lagoterías.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Frecuentaba saraos y tertulias; recibía con frecuencia en su casa á amigas y amigos y les obsequiaba en el comedor con exquisitas golosinas de todas clases, de las cuales tenía de continuo en su despensa provisión abundante y selecta, amén de excelentes vinos añejos de sus bodegas, y variedad de licores finos.

Se me olvidaba la nota más característica de su vestir.

Gustábale mucho dejar al descubierto cuello, garganta y parte de los hombros; tal vez por el placer de que el aire los bañase ó por coquetería inocente. La verdad es que esas partes de su busto eran blancas y mórbidas, con hoyuelos deliciosos, y que bajo la tela de su corpiño se adivinaba las turgencias de un seno abundoso. Por este capricho ó coquetería de Doña Marta, los cuerpos de sus vestidos tenían el corte propio para mostrar sin velos lo que de esos encantos no vedaran la honestidad y la decencia. Lo mismo en casa que de visita ó de paseo, iba la buena señora haciendo gala, en su ingenuidad y sencillez ingénitas, de hechizos que otras mujeres sólo dejan ver, aunque algo más que ella, en bailes de etiqueta, recepciones y banquetes.

No ensanchó Doña Marta en su viudez, por el mayor roce y trato más frecuente

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

con personas cultas é ilustradas, el estrecho círculo de sus conocimientos, y vivió siempre ignorante de todo aquello que no se relacionara con la pequeña sociedad en que giraba. De lo que ocurría fuera de ella nada sabía.

Un día en que un señor extrangero, su amigo, relataba sucesos de la guerra de Oriente, cuestión palpitante entonces en Europa y objeto de la conversación diaria en todos los círculos, y citaba á Napoleón III, la reina Victoria, el mariscal Canrobert, á varios príncipes rusos terminados en *kof* y á otros personajes, la cándida y bondadosa señora, después de escucharle sin pestañear y con muestras de sentida admiración, le dijo, acercándose mucho á él y estrechando con interés y efusión una de sus manos: "Pero, dígame, amiguito de mi alma ¿esa gente vive todavía?"

¡Si estaría enterada Doña Marta de los casos y las cosas del mundo!

Muchos años se prolongó su viudez, sin que diera jamás con sus actos pábulo á la chismografía y maledicencia, moneda corriente en los pueblos pequeños. Aparte de sus pueriles caprichos y de sus originalidades y extravagancias en la indumentaria, era la señora dama muy recatada y virtuosa.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Y es llegada la ocasión, antes que Doña Marta traspase los límites que de la vejez la separan y antes que canas y arrugas, que ya comienzan á lucir y determinarse, borren ó alteren los rasgos propios de su fisonomía, de decir algo de su personalidad física.

Era alta y gruesa; ancha de cintura y caderas; poco airosa de talle y movimientos; el seno abundante y muy pronunciado, los hombros gruesos y el cuello más bien largo que corto, pero sin gracia. El conjunto de su rostro, en que se dibujaba una boca estrecha y de labios carnosos, una nariz fina de forma no muy correcta, unos ojos pardos algo salientes de sus órbitas y de pestañas cortas y escasas, con cejas largas, pero poco pobladas, y una frente no muy ancha y deprimida, retrataban, con la bondad de sus sentimientos, su candidez é ignorancia y la pobreza de su espíritu.

¡Bienaventurada criatura!

Con los años se agravó en ella su exageración en el vestir. Llevaba de ordinario abundancia de enaguas; la falda de colores chillones muy ahuecada y recargada de lazos, botones, encajes y faralaes. En sus manos gordas y grandes brillaban esmeraldas, rubíes, diamantes y topacios, engarzados en anillos de forma

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

antigua y bastante estrechos para que los dedos encargados de lucirlos resultasen achorizados. Lucía también en el pecho, cuello y orejas, alfileres, gargantillas y arracadas de valor, puesto que de forma y gusto pasados de moda: prendas de familia usadas por tres ó cuatro generaciones. Su cabeza, amén de las cintas y encajes de sus gorros y cofias, obstentaba hermosas piochas, cuya figura anticuada revelaba la misma procedencia que las demás joyas. Con tales atavíos, Doña Marta producía el efecto de una mujer disfrazada en traje de época ya lejana. Un día en que, desplegando todas sus galas, fué á visitar á una de sus amigas, la hija de ésta, niña entonces de siete á ocho años, que salió á recibirla, al ver aquella extraña figura quedóse sorprendida y asustada y, sin esperar á que acabase de subir la escalera, escapó hácia el interior de la casa gritando con voz atribulada: "¡Mamá, máscaras!"

Y en efecto, una máscara parecía en ocasiones Doña Marta.

Pasó de los cincuenta. Fresca, sana, bien conservada todavía y ya rayana en los sesenta, voló á segundo tálamo con un señor á quien duplicaba la edad—poco más de treinta años tendría éste—que se enamoró quizás de sus apetitosas carnes

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

aun tersas y lucientes, y sin quizás de sus no menos atractivos predios, bodegas y fincas urbanas, que hacían de la dama, mirada desde el importante punto de vista del interés, lo que se llama un *boccato di cardinale*.

Y no debió pesarle á Doña Marta el uncirse de nuevo á la sacra coyunda; pues, á parte la renovación de gustos y dulzores de la unión conyugal—los cuales fueran acaso evocados por ella con desconsuelo durante las solitarias noches pasadas en el frío lecho de su viudez, —su segundo esposo la trató siempre con cariño—verdadero ó fingido—y le dispensó los respetos y las atenciones delicadas que ella se merecía, como esposa ,ya anciana, y como mujer y rica.

Resultado: que al morir Doña Marta dejó á su paciente y discreto cónyuge por heredero único de todo su caudal.

***

¡Cuantas personas habrá todavía en el pueblo en que residió habitualmente esta señora que con placer se acuerden de su trato alegre y franco, de su bondad agasajadora, de sus sentimientos caritativos y de la rareza y originalidad de sus trajes!

A estas les agradará, de fijo, el hallar-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

se con su retrato más ó menos fielmente trasladado por mis recuerdos á este libro.

Mayo de 1896

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

TIPOS DE MI TIERRA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

UNA PAREJA

A MI JOVEN AMIGO

D. Manuel Díaz Pérez.

Por excitación suya tracé los rasgos de esta pareja. Por Vd. muestra su gentileza entre mis Tipos. Sufra, pues, paciente que se la dedique.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

UNA PAREJA

Monaguillo fué él en su adolescencia; abandonó la carrera y no llegó á sacristán. Dejó la iglesia por un taller de obra prima, pero nunca pasó de oficial adocenado.

Ella comenzó de niñera, ascendió á moza de cocina, luego á cocinera y, ya madura, se unió con él en santo lazo.

¿Por qué se juntaron estos dos séres? ¿Cómo se verificó la atracción mútua? Por la oposición de los caracteres.

No tuvo ella en su juventud ni siquiera ese atractivo que la inmensa mayoría de las mujeres posée á los quince, designado

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

por los franceses con la frase *beauté du diable*. De jóven fué fea; y ya se sabe que ésta terrible enfermedad se agrava con los años.

Cuando se casó era casi horrible. De corta estatura, desgarbada y sin gracia en el cuerpo; el pecho liso y sin curvas; la cara morena, con labios gruesos y escamosos y ojos pequeños, por entre los cuales se dibujaba una nariz ancha y chata; la frente estrecha y deprimida y el pelo negro, grueso y crespo. Tal era en lo físico la Pepa —así se llamaba ella.

Nada ganaba considerada moralmente. Zafia, de carácter agrio y destemplado, gruñona y soberbia, dispuesta estaba siempre á contestar con una coz á cualquiera que la hablase, aun á las mismas personas á quien servía. Con sus compañeras de servidumbre andaba siempre casi á la greña y, por un quítame allá esas pajas, las llenaba de improperios y armaba con ellas la de Dios en Cristo. Era un genio insufrible el de la Pepa, y su lengua más temible que los arranques de su ira

Con tales dotes y condiciones, preguntarán los lectores, ¿cómo encontró quien con ella apechugara?

Ahí verán Vds.

Con la Pepa se cumplió una vez más la ley fatal de los contrastes.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

En ella encontró el señor Ramón—éste era el nombre de él—la costilla que le faltaba.

Bonachón, condescendiente, manso y dócil, era el reverso de la medalla de su media naranja.

En su cara, siempre de Pascua, se retrataba la bondad de su carácter consecuente é inalterable. Carácter propio á soportar sin quejas ni reproches los ímpetus furiosos de la hembra fiera con quien compartió su existencia durante muchos años. Sólo él hubiera cargado con paciencia aquella cruz pesadísima.

El señor Ramón era un hombre metódico, económico y de costumbres tan morigeradas que, según muchos aseguran, hasta que se casó con la Pepa no había tratado ni tenido comercio íntimo con mujer alguna. Casto y limpio de impurezas carnales llegó al lecho nupcial, y su *bella* conyuge tuvo el privilegio de recibir las primicias de las expansiones amorosas del señor Ramón y de deshojar la flor de su virginidad ¡Caso rarísimo! Poquísimas mujeres podrán vanagloriarse de contarlo. Debemos de suponer, pensando honradamente, que la Pepa pagaría á su marido en la misma moneda. No lo aseguramos; pero es de presumir que así fuera, dadas las circunstancias de la doncella y prescindiendo de lo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

que haya de verdad en el concepto del refrán: "nunca falta un roto para un descosido."

Por sus condiciones morales, era el señor Ramón apreciado de todo el mundo; y las personas pudientes de su pueblo le encargaban servicios y comisiones que le ayudaban á vivir y á aumentar sus ahorrillos.

No había imprenta en el pueblo; y el señor Ramón hacia las veces de esquela invitatoria, llevando de casa en casa las nuevas infaustas ó felices de la defunción de D. Fulano y de la hora de su enterramiento, ó del natalicio de un vástago de D. Zutano. Recorria el pueblo entero con la lista de todos los vecinos acomodados, cuando de una suscripción pública se trataba, y recojia los donativos. Repartía á domicilio los prospectos manuscritos de las funciones teatrales de una sociedad de aficionados, y también los anuncios de las novelas nuevas—ó viejas editadas recientemente—á dos cuartos la entrega. En fin, el señor Ramón, aparte de lo que agenciaba con la alezna y el tirapié, sacaba buenos cuartos de sus comisiones y poco á poco fué engordando el *gato* que llegó á convertirse casi en tigre y más tarde en dos casas de planta baja, cómodas y espaciosas.

Sabía leer y escribir y ocupábase tam-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

bién en la redacción y escritura de las misivas amorosas de doncellas y fregonas ausentes de sus amantes, y en las de las que madres y esposas dirigian á sus hijos y maridos trasmarinos.

La lectura frecuente de anuncios de obras literarias, despertó en él deseos de adquirir las novelas de títulos atractivos, con portadas en que se representaban escenas dramáticas y espeluznantes. Y lo que en un principio fué no más que curiosidad pueril, convirtióse más tarde en manía y en vicio. Todas las obras cuya publicación venía anunciada en los prospectos que recibia el encargado en el pueblo de varias casas editoriales españolas, todas las adquiría el Sr. Ramón. Mostrábase orgulloso con sus libros encuadernados, en cuyos lomos brillaban en doradas letras los nombres de los ingeniosos novelistas—en boga en aquella época decadente de la literatura patria—Fernández y González, Tárrago y Mateo, Pérez Escrich, Parreño, y otros *ejusdem fúrfuris*.

Más de una noche se pasó en claro el buen señor Ramón embebido en la lectura de "El cura de aldea," "El cocinero de su majestad," "Los hijos perdidos," "El Tribunal de la sangre" y otros engendros del mismo jaez; y más de un disgusto le dieron los aficionados á leer libros ajenos; pues

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

le pedian prestados los suyos y no se los devolvian

Tenia ya biblioteca numerosa, si no selecta, cuando se casó, y pocos más tomos vinieron después á aumentarla; pues su mujer era enemiga declarada de las Bellas Letras y, sobre todo, de gastar dinero en cosas que nada producian y que no servian, decia ella, más que para calentarse la cabeza y consumir velas ó aceite.

Desde que la Pepa tomó el mando supremo de la casa del señor Ramón—decimos el mando supremo porque éste hizo abdicación completa de su autoridad y de sus derechos y consintió que aquella se pusiera sus pantalones—quedó prohibida la entrada en ella de nuevos libros; y cuando el señor Ramón no resistia al deseo tentador de adquirir furtivamente alguno que por su título prometia á su espíritu horas de placer y grato esparcimiento, si ella lo descubria, ya estaba armada; y el esposo oia de los labios de su *amable* y *prudente* compañera, que le ponia como no digan dueñas, las frases más linsonjeras, y á veces sentia alguna que otra *caricia* de sus *blancas* manos.

Tenia la Pepa una cualidad que mucho la enaltecia; y, puesto que hemos hecho mención de sus defectos, no debemos, en justicia, dejar aquella en el tintero. Era

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

muy laboriosa: no habia trabajo por duro y penoso que fuese que la arredrara.

Al unirse al señor Ramón, no quiso en manera alguna serle gravosa y decidió contribuir á sostener las cargas del matrimonio y á aumentar el peculio conyugal estableciendo una panadería. Ella amasaba, caldeaba el horno, ponia el pan á cocer, lo sacaba cuando estaba á punto y luego lo expendía en una venta que en su misma casa habia establecido: especie de figón en que se daba un tente en pié á los campesinos que diariamente bajaban al pueblo y tenian por apeadero la casa del señor Ramón.

El trabajo y la economía, ayudados por la fortuna, llevaron viento en popa al puerto del bienestar y la properidad á nuestra pareja. Pero escrito estaba que no habían de disfrutar durante mucho tiempo de sus dulzuras.

El genio irascible de la Pepa, sus arranques atrabiliarios y su espíritu de perpétua contradicción, llegaron á un extremo tal que al pobre señor Ramón, á pesar de su docilidad y mansedumbre, se le fué haciendo cada día más insoportable la vida en común con ella; y para guarecerse de los nublados que á diario desencadenaba sobre él su temible mitad, veíase precisado á huir de su hogar y á dejarla dueña y seño-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ra absoluta del mismo, entregada á las expansiones de su cólera.

Estas tenian á veces un carácter en alto grado cómico.

En nuestra pareja no hubo nunca esa intimidad y cordial franqueza engendradas al calor de la ternura y de los afectos mútuos. De novios se trataron de usted; y después de casados, si el tú halagüeño y cariñoso salió algunas veces de los labios de la Pepa, cuando al señor Ramón se dirigia, fué sólo en los momentos escasos en que entre los cónyuges reinara tranquilidad y armonia relativas. Cuando éstas se alteraban, y la boca repulsiva de la Pepa vomitaba sapos y culebras, entonces modificaba ella el tratamiento, y el usted duro ó incisivo se escapaba de su laringe, articulado con variadas entonaciones sarcásticas.

Un dia ocurriósele al señor Ramón comprar á uno de los hombres de campo, parroquianos de su venta, una carga de ese fruto—de la familia de las cucurbitáceas—que las *doncellas con novio tienen en* aborrecimiento por el temor de que de ellas pueda decirse que sus amantes las *dieron calabazas*, y creyendo haber hecho una buena compra, por lo módico del precio, fué satisfecho de la misma á dar cuenta de ella á su mujer. Nunca lo hubiera he-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

cho. La Pepa en su afán de contrariar á su marido y de censurar todos sus actos, juzgó inconveniente y perjudicial el negocio; y se desató contra aquel en un diluvio de improperios, obligándole, para no ahogarse, á echarse á la calle precipitadamente. En ésta se le presentó ocasión de vender con ganancia el fruto recien comprado y, creyendo satisfacer á la Pepa y desarmar su cólera, realizó la venta. Volvió inmediatamente á participar á aquella que ya había desaparecido el motivo de su molestia, pues el artículo estaba vendido con beneficio; y su esposa lejos de aplacarse, subió de punto en su exasperación y en sus denuestos, porque podía haberse realizado, decía, con mayores ventajas.

Con estas ó parecidas escenas cómico-dramáticas, repetidas á diario, se holgaban mucho los vecinos de la conyugal pareja y las personas que frecuentaban su casa; pero aquellas (las escenas) eran cada dia más mortificantes y abrumadoras para el pobre señor Ramón, y la vida matrimonial llegó á convertirse para él en un verdadero suplicio que se agravó y extremó cuando la Pepa, caldeada sin duda por el fuego, no de las pasiones, sino del horno en que cocía el pan, se dió, para mitigar la sed y los ardores que este fuego producía en su organismo, al uso y al abu-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

so de bebidas *negras* y *blancas* y cojía cada mona que era un portento.

El comienzo de éstas (de las monas) era casi siempre belicoso, y luego degeneraban en tristes y mortesinas, con acompañamiento de ayes, suspiros y lágrimas.

Comunicóse al señor Ramón la afición de su consorte á las bebidas espirituosas, y chistosísimo era el oir las disputas y contiendas provocadas por cual de los dos bebia más. A la Pepa figurábasele siempre que su hombre le llevaba en los tragos la ventaja. El señor Ramón no estaba conforme; y de aquí cuestiones interminables con acompañamiento de injurias y golpes, en los cuales tocaba al varón la peor parte.

El vicio contraido por nuestra pareja dió por resultado fatal y necesario el abandono de sus intereses y la decadencia gradual de los mismos, que la condujeron en los últimos años de su existencia á un estado limítrofe con la miseria.

No descendieron la Pepa y el señor Ramón hasta su espantosa sima porque ambos murieron á tiempo. Primero, el señor Ramón: minado y destruído su organismo por el alcohol, y su espíritu pusilánime por los disgustos y contratiempos domésticos, que son los que en más breve tiempo consumen y aniquilan las energías más viriles y los ánimos más esforzados. Lue-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

go, y á poco, la Pepa, víctima de su intemperancia.

Junio de 1896.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

TIPOS DE MI TIERRA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

DOS TIPOS CALLEJEROS.

A MI DISTINGUIDO AMIGO

D. Ginés González Brito

A Ud. que, mejor que yo, se acordará de la pobre Ambrosia y del mísero José Pata, me permito dedicarle sus retratos. No son fotografías: serán si acaso esbozos hazados en mano torpe é insegura, borrosos y desdibujados.

La memoria, como la mujer joven y bonita, á los que vamos para viejos nos vuelve desdeñosa las espaldas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

DOS TIPOS CALLEJEROS.

Dos hijos de la ignorancia y de la miseria. Dos de esos seres desgraciados que el vicio engendra y que, nacidos en su lodo inmundo, crecen, se desarrollan y viven en ese *medio*.

¡Qué existencia dolorosa de abyección y sufrimientos!

El recuerdo que de ellos conservo es muy vago. No en balde han transcurrido cerca de diez lustros.

***

Ella era una mujer jóven todavía—ape-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

nas contaría treinta años,—pero avejada por terrible enfermedad física.

Me acuerdo que su aspecto me infundía terror y repulsión invencibles; y que, si alguna vez me acercaba á ella movido por la compasión, para darla una limosna, me alejaba en seguida más que de prisa, pues su presencia se me hacía insoportable.

En mi ya larga vida no he observado un caso patológico con manifestaciones tan singulares como el de Ambrosia: así se llamaba.

Antes de determinarse la dolencia que la aquejaba y que la convirtió en bestia repugnante, dicen fué moza agraciada, dotada de encantos y atractivos. Ni sombra de éstos quedaba en ella cuando la conocí. ¡Qué mudanza tan rápida y radical!

Su cuerpo enflaquecido, casi sin carnes, no tenía ni una curva, ni un rasgo siquiera que revelase la plástica de la mujer. Terroso era el color de su cara, y la piel semejaba un pergamino arrugado. Su boca ¡qué horror! en movimiento nervioso incesante, dibujaba las muecas más espantosas é increibles que en rostro humano pueda jamás haberse contemplado; y parecía imposible que aquella brega continua de nervios y músculos fuese, sin que

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

éstos se relajasen y por cansancio cesasen en su labor, tan duradera y persistente. Impresión de angustioso sufrimiento se experimentaba al ver dibujarse aquella interminable mueca infernal, que á suplicio anticipado de condenado por la Iglesia romana al fuego eterno se parecía; y de presumir era que la sensación recibida reflejo fuese sólo de los padecimientos de aquel sér infortunado.

El vulgo ignorante y fanático pególe á Dios el parche de la enfermedad de Ambrosia, y muy sério afirmaba que la sufría en castigo de sus liviandades.

Respecto á Dios, supongo, por razones que no sería discreto exponer aquí, no intervendría por modo alguno en su estado; y, en cuanto á la víctima, afirmo que no era de él responsable. Si fué liviana é impura, lo fué necesaria y fatalmente: por imposiciones irresistibles de su mísera naturaleza.

Atacada desde la pubertad por ese mal infame á que la ciencia da el poético nombre de NINFOMANÍA, tuvo que sucumbir á sus mandatos imperiosos y entregarse inconsciente en brazos del desenfreno y de la lujuria.

¡Mujer infortunada! No conoció el recato ni el pudor, las flores más fragantes de la virginidad; y, apenas núbil, sintióse

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

impulsada á satisfacer el deseo ardiente é insaciable de entregarse al macho, y de pasar de uno á otro sin mitigar jamás el apetito devorador de la carne.

¿Qué responsabilidad podria exigirse á Ambrosia de sus actos, si estaba poseida de la más espantosa de las demencias?

El mal, ya lo he dicho antes, hizo en su organismo tan grandes estragos que su juventud fué un soplo no más. Pasó de la pubertad á la vejez casi sin solución de continuidad. Antes de los treinta años Ambrosia no era ya mujer: convirtióse en una cosa, en un harapo asqueroso y repugnante. Felizmente vivió poco.

La terrible neurosis, atacó no solo al rostro, sino á todo el cuerpo. Me acuerdo de verla andar arrastrándose casi, apoyada en un palo, y recorrer así las calles del pueblo implorando la caridad, con su sempiterna mueca en la boca, esforzándose por articular algunas silabas que, roncas y desgarradas, salian apenas de su laringe.

Servia de diversión á la chiquilleria soez y malvada, sin conciencia de serlo, y sufria, impotente para defenderse de ella ó huirla, los escarnios de obra y de palabra de que la hacia objeto.

Admitiendo la existencia de un Dios inteligente pisimo y misericordioso, y á

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

la pareja humana como hechura suya y su obra más acabada y perfecta, no he podido explicarme jamás—sin duda por limitación y pequeñez de mi entendimiento—la vida de estos desgraciados seres irresponsables, y la finalidad de la misma: seres creados exclusivamente para el sufrimiento.... ¡qué obra tan odiosa!

. . . . . .

Basta de filosofías y vamos al otro tipo.

***

Como Ambrosia fué José fruto del vicio; y heredó de sus progenitores, á más de una inteligencia limitadísima, rayana en el idiotismo, los instintos más perversos.

Era borracho, ratero—no se elevó á la categoría de ladrón por falta de inteligencia—lujurioso como un sátiro, desvergonzado y pendenciero.

Veíasele diariamente, recorrer las calles del pueblo dando tumbos como buque sacudido por oleaje tumultuoso, con el obligado acompañamiento de granujas que le seguían á todas partes apostrofándole y lanzándole de vez en cuando alguna que otra peladilla de arroyo. No sufría paciente nuestro tipo estas *indirectas* contundentes, y revolvíase furioso contra sus inocentes perseguidores, contestándoles con idénticos argumentos; más de uno de aquellos volvió á su casa descalabrado.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Durante las crisis de sus consuetudinarias borracheras, vomitaba las frases más soeces del diccionario pornográfico y gritaba á voz en cuello una que era como la característica de su estado: "¡retumba vino"! Tal vez reflejo y expresión gráfica del efecto producido en su cerebro por la acción del alcohol.

A veces desarrollábase en él una especie de frenesí ó locura erótica que se traducía en ataques bruscos á la primera mujer que junto á él pasaba; á la cual poseyera con violencia ó ahogara entre sus brazos, no pudiendo satisfacer en ella su bestial apetito, sino hubiese habido quien impedírselo pudiera.

Metíase de rondón en cualquiera casa á pedir una limosna ó á llevarse lo que á mano encontrara; y si el dueño molesto con sus fechorías repetidas llegaba á tiempo de echarle á cajas destempladas, vengábase el idiota arrojando piedras á las ventanas y haciendo víctimas de su enojo insensato los cristales de las mismas.

¡Vamos, que era una alhaja el tal José *Pata!* Estos fueron el nombre y el apodo con que se le designaba. Nada sé respecto al origen de este último; aunque presumo que, con expresión tan baja é inculta, querría el pueblo dar forma gráfica á la idea

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

que de aquel sér grosero y záfio se formara. Es el pueblo en ocasiones, sin saberlo, escultor de ideas consumado. Cuando se pone á ser artista, no hay quien en gracia é ingenio le aventaje.

Verdadero hijo del arroyo, José *Pata*, en la calle vivia despierto, y en la calle, ó en algún muladar ó restos de casa derruida, se entregaba al sueño; y cobijado bajo la techumbre azul del hermoso cielo de mi patria, y cubierto con la ténue y finísima sábana de su atmósfera tibia y suave, digeria, inconsciente y descuidado de un mañana en que no pensaba, las azumbres de vino ó aguardiente libadas durante las horas de la vigilia.

***

Este tipo que aqui dibujo es común á todos los pueblos del mundo—¡qué sociedad no tiene sus escorias!—No por su singularidad y rareza, le coloco entre los que forman este libro; pero, habiendo sido el único en su especie en mi pueblo, en la época á que me refiero, sin que se haya reproducido hasta hoy el ejemplar, he querido dar con él y con el de Ambrosia dos muestras del vicio—impuesto en ésta por la Naturaleza, heredado en aquel,—para que no falte á la luz que irradia de alguno de los otros *tipos é ilumina* mis cuadros, los toques de sombra indispensa-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

bles á dar vida y relieve á las figuras.

José *Pata* murió, claro está, como había vivido. Un día quiso vengarse un menguado, ¡valiente fazaña! de no sé que acción ruin por el idiota cometida en su perjuicio; le llevó á una taberna y allí le dió á beber pócimas tan infernales que le ocasionaron la muerte á las pocas horas.

En un lugar inmundo encontraron á José *Pata* durmiendo el sueño eterno.

Quizá fuera para éste desgraciado el suceso más fausto de su vida el dejar de existir.

To die to sleep: "morir es dormir"; dijo el gran dramaturgo inglés

Agosto de 1896.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

TIPOS DE MI TIERRA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

PEPE PLACENTA.

A mi hermano Pepe.

No habia de olvidarte en mis dedicatorias. Dále un vistazo á este tipo, tu homónimo y, si no te agradase, cállatelo: si te gusta..... lo mejor será que lo lo calles también.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

PEPE PLACENTA

Hombre entrado ya en años era, hace cerca de cincuenta, en la época á que se remontan los recuerdos que de su persona conservo.

Entonces no le llamaban Pepe, sino D. José.

La variante familiar de este nombre empleáronla para designarle sus amigos de la niñez allá en su pueblo; pues es de advertir que este *tipo* no es de MI TIERRA. Si le doy entre éstos carta de naturaleza es porque él se la ganó con su prolongada residencia en aquella.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Fué ratón de sacristía en sus mocedades: le tiraba la Iglesia. Ofició primero de acólito; ayudó á decir misa y aprendió de memoria todas las oraciones de la misma, inclusas las palabras místicas de la consagración. Cantó luego en el coro *Kiries* y *Laudes;* y de tal suerte se familiarizó con las ceremonias del culto y se posesionó de todo lo concerniente al ritual, que llegó á fingirse, en su fantasía, ministro del Señor; puesto que sin tonsura y sin las nociones más elementales de Teología y Cánones. Tampoco del latín sabía ni el *quis vel qui.*

En su deseo exaltado de ejercer el sacerdocio, más que por vocación y convencimiento, *pro pane lucrando*—medio de agenciarse los garbanzos, cómodo, descansado y sin quebraderos de cabeza, muy en armonía con su carácter—se le ocurrió, en una de las visitas pastorales que giraba á sus ovejas el Prelado diocesano, solicitar de éste monda y llanamente, le invistiese de las Sagradas Ordenes: "sólo, decía él, para tener derecho á decir una *misita redonda*"; y cobrar por ella, como es natural, digo yo, de los fieles devotos el consabido estipendio de las dos pesetas, del medio duro ó del duro: según los grados de la fe de aquellos y el estado de sus bolsillos.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

No entendió ó no quiso entender el Obispo lo llano y sencillo del deseo del postulante, y no interpretó favorablemente á éste lo de la *redondez de la misila*—que quizás tradujo por redondez de estómago—y contestó con un seco, "no ha lugar á lo solicitado."

Como consecuencia de esta negativa, Don José Placenta se fué alejando de la Iglesia, y trató de ganar por otros medios humanos el pan que por los divinos no le era dado procurarse.

Persistieron en él sus instintos ingénitos de roedor y siguió siendo ratón; sólo que varió de medio ambiente: dejó la sacristía por la escribanía.

A la atmósfera saturada de las emanaciones del incienso y de la cera, de los Santos y de las flores de trapo, de las sotanas, albas, sobrepellices y casullas, mezcladas con las que dejan tras sí las beatas y los beatos, diarios visitadores de la casa de Dios y sus dependencias, sustituyó la que es característica de esas habitaciones estrechas y poco aireadas en que, sobre las tablas sin pintar de mezquina estantería, yacen cubiertos de polvo y atacados por el microbio de la polilla cartapacios y legajos, y en que, junto á una mesa de *pintado pino* (como la del poeta,) sobre la cual la tinta vertida di-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por UI_PGC. Biblioteca Universitaria, 2009

buja continentes de mundos desconocidos, invadidos por un mar formado con residuos de salvaderas, se sientan el escribano y su pasante y, entre chupada y chupada de colilla muchas veces apagada y otras tantas encendida, y entre un bostezo y un gargajo, le dan á la mal cortada pluma y desuellan con ella media humanidad, dejando por puertas, cuando no sin vida, á la otra media.

Afinidades singulares existen, sin duda, entre la gente de iglesia y la gente de curia. No es nueva esta observación, y en ella han coincidido todos los que hasta hoy dedicaron su ingenio y conocimientos á los estudios sociales.

En lo externo: de negro visten curas y escribas y fariseos; lucen traje talar en las ceremonias de sus ritos respectivos; y tanto tiene la toga de sotana ó balandrán, como el bonete de birrete. La misma muceta cubre sus bustos cuando llegan á doctores, abstracción hecha del color de la tela.

En lo interno: intérpretes se llaman los primeros de la Ley divina y jueces en asuntos espirituales; sentencias dictan los segundos en los temporales é intérpretes son tambien, en virtud de títulos que no dan ciencia sino suficiencia, de las leyes humanas; y lo mismo tuercen, fal-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

sean y desfiguran y truncan la verdad y el derecho éstos en lo humano, que aquellos en lo divino.

Dicho sea con la consideración debida á tan altas instituciones sociales y dejando á salvo las excepciones honrosas.

Estas afinidades latentes en la entidad moral de Placenta, fueron las que le llevaron de la Iglesia á la escribanía.

En la de un su complaciente amigo se pasaba las horas muertas desempolvando legajos, compulsando expedientes, desenterrando ab-intestatos y estudiando con atención minuciosa árboles genealógicos. Y con tanta discreción y tino se dedicó á la poda y selección de los brazos y ramas de alguno de éstos, que llegó á verle florecer y cargarse con abundante fruto. No logró cogerlo y saborearlo ¡pobre Placenta! pero consiguió ser durante algún tiempo el coco y la pesadilla de los propietarios todos de una isla, y tener en jaque á sus caciques grandes y pequeños. Pero en esto, como en todo, la política metió la... y agostó el dorado fruto que, haciéndosele agua la boca, contemplaba D. José ya maduro y próximo á caer en sus anémicos bolsillos, convertido en onzas de oro, centenes, duros y pesetas.

El éxito desgraciado de este asunto, al cual dedicó durante muchos años toda

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

su energía, inteligencia y actividad, y que constituyó su única esperanza de salvación en lo temporal después de su naufragio en la *misita redonda*, le hizo sufrir horriblemente y produjo en su espíritu y en su organismo, cansados y gastados ya en la brega continua del mísero vivir, el desfallecimiento y la muerte.

Dos fueron los fines de la existencia de Pepe Placenta: el poder decir una *misita redonda* y el sacar á flote del *maremagnum* de papel sellado en que estaba sumergida, una extensa é importantísima propiedad compuesta de varias fincas rústicas y urbanas.

Ninguno de ellos vió cumplido. En la persecución del primero se estrelló contra un obispo, en la del segundo contra un gobernante. La Iglesia y la política fueron los escollos en que zozobró nave con tanta habilidad y perseverante inteligencia dirigida.

Temibles son estos escollos: no estrañamos las desgracias de D. José.

***

Separa ó divide las dos etapas importantes de la vida de Placenta—aquella en que pretendió cantar misa y la en que estuvo próximo á chuparse la hermosa breva de la higuera desenterrada por él de entre los mamotretos de una escribanía—un claro ó laguna en la cual encontramos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

algo digno de apuntar que pondrá más de relieve el ser moral de nuestro personaje.

No rompió abiertamente con la Iglesia, cuando la negativa del Obispo, y siguió cumpliendo obstensiblemente con los deberes de buen católico. Oía misa, confesaba y comulgaba; pero, poco á poco fué liberalizándose hasta que llegó, si á la manifestación de sus ideas hemos de dar crédito, al republicanismo rojo. No tuvo Barcia, Capdevila y otros *ejusdem furfuris* de la revolución septembrina apóstol más ardiente de su credo.

Suponen algunos, y quizás estén en lo cierto, que este cambio radical operado en Placenta, obedeció á una necesidad de las circunstancias en que le colocáran el éxito desgraciado de su pretensión de cantar una *misita redonda;* y que fué en él algo así como un *modus vivendi* conveniente é indispensable á preparar el terreno en que más tarde había de operar.

Ladino y astuto supo encubrir sus no sanas intenciones con la máscara de la hipocresía y engañar, adulando, á aquellos que podrían serle útiles á la realización de sus propósitos ulteriores.

Sabía D. José ocultar la ruindad de éstos bajo un esterior plácido y complaciente y cubrirlos con el atractivo de un lenguaje suave y untuoso: frases con capa de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

y hasta demagogo, tuvo la manía de recibir en su casa y de obsequiar á sus amigos con cenas y saraos.

Tristísimos y penosos fueron los dias postreros de la existencia de D. José. Después del fin desastroso de su litigio contra una isla entera, se ausentó de ésta buscando en otra, que le fué conocida en su juventud, medios de subsistencia. No los encontró el infortunado; y viejo y achacoso, y casi en la indigencia, pagó su tributo á la Naturaleza.

Agosto de 1896.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

TIPOS DE MI TIERRA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

La Doncella.

A mi buen amigo

D. ENRIQUE SAENZ

A Vd., amigo mio, destino La Doncella. *Espero la acogerá con cariño y agasajos; ya que no por ella, por mí que le aprecio á Vd. de veras.*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LA DONCELLA

Por este *alias* la conocian todos.

Mujer entrada en carnes y en años; alta, frescachona, blanca y sonrosada, era la *doncella* un bocado apetitoso, á pesar de sus cuarenta bien cumplidos.

Este *tipo* es exótico como el anterior. Joven todavia se trasladó de su tierra á la mía y en ella vivió mucho tiempo hasta su muerte, acaecida hace más de siete lustros.

La Doncella la llamaban; y en verdad que su carácter y los rasgos de su fisono-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

mia revelaban su doncellez y su virginidad de cuerpo y de espíritu. Franca é ingenua, descubría en su trato la inocencia y la pureza de su alma; y su frente y sus mejillas aterciopeladas—mezcla de leche y de sangre—y las lumbreras de sus ojos azules mortecinos, pregonando estaban las primeras, que los besos del amor carnal no las habían desflorado; que las llamaradas de la pasión jamás se habían á ellas asomado, las segundas.

Brillaban en la persona de *la doncella* el aseo y la pulcritud, y complacíase, más que por coquetería mujeril y por deseo de agradar, por dar satisfacción á una necesidad en ella ingénita, en presentarse siempre de veinte y cinco alfileres.

Ataviada con sus mejores galas, veíasela desde la noche á la mañana con aires de reina y soberana señora, tras del mostrador de su tienda, sin que el tráfago continuo de bajar y subir artículos de los andamios y el de otros servicios prestados á su parroquia, descompusiesen su tocado ni ajasen ni arrugasen los pliegues de su falda y demás accesorios de su traje. Como acabada de salir del tocador estaba *la doncella* al cerrar su establecimiento á las siete de la tarde. Nadie al verla á esa hora diría que hacía diez ó doce no cesaba en el movimiento incesante de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

medir, de desenvolver y envolver, de desdoblar y doblar, de abrir y cerrar armarios, de contar dinero y de hacer apuntaciones; amén de estrechar las manos de las parroquianas sus amigas y de cambiar con éstas sendos pares de besos.

En el aliño de su persona ponía la doncella atención y cuidado minuciosos; y el aparecer siempre limpia y, hasta donde se lo permitía su fortuna, engalanada y lujosa, era su preocupación constante. Armonía perfecta guardaba el aspecto de la tienda con el de su dueña. Todo en aquella era arreglo, limpieza y buena disposición de los distintos efectos para la venta. Y puesto que estos fuesen muy variados y heterogéneos, *la doncella* tenía el arte de agruparlos por secciones y de formar con éstas un conjunto atractivo y agradable á la vista.

No reñían allí las cuarterolas y pipas de vino y de aguardiente con las cajas de azucar; ni las golosinas de almendras, huevos &., que en estante especial se exhibían para envidia y tormento de chicuelos, chocaban con las que en otro estante, en forma de cintas de seda, galones y trenzillas de oro, encajes finos y vistosas flores de trapo ó de cera, animaban los ojos de mozas y casadas y despertaban sus instintos naturales de coquetería.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Fué, según cuentan, la doncella la primera que puso á la venta en mi pueblo el dulce zumo de la caña en polvo y piedras convertido, rebajándolo de su categoría de ingrediente de farmacia, hasta entonces, á la de artículo de consumo vulgar y común. Supongo que de esta circunstancia ella se envanecería; como orgullosa se mostraba con ser la única en expender en el pueblo seda en hilo y en rama, pañuelos y encajes de lo mismo y otros primores de la industria de los laboriosos hijos de la isla en que nació.

Considerada la doncella como jefe y directora de un establecimiento comercial, sólo alabanzas y aplausos merece por sus aptitudes para desempeñar tal cargo y por la gracia y amabilidad con que acogía á sus *marchantes* y les hacía tragar, con frases dulces y melosas ponderativas de la excelencia de sus artículos, los que eran objeto de los deseos de aquellos. El ó la que entraba en la tienda de la doncella, salía de fijo con algunas pesetas de menos en el bolsillo ó con cuenta abierta en los libros de la casa y, por añadidura, satisfecho de la lucuocidad afectuosa y de las atenciones de su simpática dueña.

Poseía *la doncella* el don especialísimo de eso que llaman los franceses *faire l'article*; y con tal ingenio y gracejo lo em-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

pleaba, que no cansaba ni molestaba el oir en sus labios los elogios hiperbólicos con que enaltecia las condiciones de bondad, baratura &. de sus géneros.

Sus vinos y aguardientes, azúcares, velas y flores de cera; pañuelos, cintas y encajes de seda, galones y trenzas de oro, todo era, según ella, de calidad superior y... todo *doncello*. Sin duda queria expresar con esta palabra la legitimidad y pureza de las bebidas, la finura y delicadeza de los tejidos y la factura artística de las velas de cera adornadas con flores de la misma materia. *Doncellos*, eran sus vinos y aguardientes, *doncello* el azúcar, *doncellos* pañuelos y encajes y *doncellas* flores y velas; y doncella era ella también de hecho, confirmada por el pueblo y conocida en el mismo con este epiteto.

No abandonaba jamás *la doncella* su tienda en los dias laborables y sólo en los de fiesta se la veia salir á misa y á paseo luciendo su cuerpo vistoso y en él galas de lujo á la moda de entonces.

La prenda más característica de su tocado era alto sombrero de fieltro adornado con cintas, plumas y flores, que formaban sobre su cabeza llamativo edificio. Cuando pasaba *la doncella* hombres, mujeres y niños se fijaban en ella y *la admiraban*.

Mujer y solterona tenia sus caprichos y

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

manías: señalábase entre éstas la de coleccionar piezas de cobre de uno y dos maravedises de valor. Guardábalas en botijas; y un gran número llenas de aquellas, encontró á su muerte el que la heredó.

Vendiendo sus artículos *doncellos* y con su *gancho* especial para darles salida logró reunir *la doncella* fortuna considerable; y ya de edad muy avanzada se fué á la tierra con su doncellez, dejando grato recuerdo de su existencia en todos los que la conocieron y cultivaron su trato.

Septiembre de 1896.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

TIPOS DE MI TIERRA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

EL SEÑOR LUIS.

A la Sociedad

"Círculo de Amigos" de Arecife.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

EL SR. LUIS (1)

Hijo de humildes labradores que en aparcería cultivaban una pequeña porción de las extensas é importantes heredades de una riquísima casa señorial de abolengo ilustre, pasó su niñez dedicado al pastoreo de cabras y de ovejas.

Y á fe que en ninguna de las Arcadias modernas habrá apacentado ganados pastor tan original y peregrino, así en lo corporal como en lo espiritual, como el Sr. Luis.

Era la encarnación verdadera de uno

(1) Este Tipo, estudiado y escrito hace ya cinco ó seis años, estaba destinado por su autor á figurar el primero entre los de esta serie. Teníale aquel en particular cariño—tal vez por ser su primogénito—y era su predilecto.

Cuando trató de realizar su propósito de dar á la estampa este libro, buscó entre sus papeles las cuartillas de este Tipo, y no las halló: habían desaparecido. El Tipo se perdió y apenas si quedaban de él en la memoria de su copista reminiscencias confusas del ente fisiológico y psicológico y sólo vaguedades de la forma externa con que le determinara y diera vida y *realidad literarias*.

Mucho contrarió este extravío al autor, y decidido estaba

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

de los hijos legítimos de la región imaginaria con tanta verdad como gracia descrita por el novelista inglés Swift en sus „Viajes del Capitán Gulliver."

Muy reducidas las dimensiones del tronco y de las piernas; manos y piés pequeñitos, como los de una niña; cabeza también pequeña y el rostro dulce, atractivo, afeminado, constituía aquel organismo humano, en la pequeñez bien proporcionada de sus miembros, un ejemplar típico de los habitantes del país de Liliput.

Era el Sr. Luis un hombre en miniatura; pero un hombre en cuanto al carácter: en lo que respecta á la forma, una mujercita. Piel blanca y tersa; brazos y piernas con la plasticidad encantadora del sexo

---

ya á que se perdiese por siempre el recuerdo del original, con la desaparición no muy lejana de los pocos seres que le conocieron y que, ya en la segunda mitad de la existencia, á la muerte se van aproximando, cuando se despertó en él, por efecto sin duda de la contrariedad sufrida ó por influencias del cariño que le inspirara su primera copia, recrudecido y avivado por la pérdida, afán ardiente y deseo punzante de hacer revivir el Tipo en estas páginas.

Seguro está el escritor de que este segundo traslado no se aproximará al primero en arte y en verdad. Que no logrará dar en el presente al Tipo la pristina gracia y el encanto que tal vez consiguió darle, y el lector quizás le hubiese encontrado, en el que desapareció; pero, si no realizara su intento de reproducción, quedaríale en su conciencia algo así como remordimiento. Tal vez llegaría á fingirse, por un extravío de su imaginación excitada por la violencia impuesta á su voluntad, que había dado muerte á uno de sus hijos.

No resiste, pues, á los mandatos imperiosos de su sér; y haciendo revivir en su memoria al Sr. Luis, le da ó intenta darle calor, vida y forma tangible en las presentes líneas.

Fíjese el lector en esta nota y, si le pareciere, prescinda de la lectura del Tipo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

bello, de curvas suaves graciosamente onduladas. El pelo finísimo, como una seda, y muy lacio. Cejas arqueadas y estrechas; ni sombra de vello en las mejillas, barbilla y labio superior. Cuello corto; pecho espacioso, con morbideces y tetillas turgentes y desarrolladas. Las caderas y las partes posteriores del tronco bien determinadas; la voz atiplada, de timbre pastoso y acariciador al oido.

Cualquiera hubiese tomado al Sr. Luis por una de esas niñas en quien el desarrollo orgánico es prematuro, si las manifestaciones características del ente psicológico no desmintieran rotundamente lo que la plástica de su envoltura pregonaba.

Muy jóven todavía, casi un niño—de 12 á 14 años,—acompañó á sus padres en una de las visitas que periódicamente hacían á la Señora, su ama, para rendirle cuentas de su aparcería y ofrecerle algún modesto presente, como muestra y expresión de su cariño y respeto afectuoso. Costumbres patriarcales de antaño, hogaño caídas en desuso.

Ver las hijas de la dama—doncellas impúberes entonces—al hombrecito y quedar prendadas de su pequeñez y de sus gracias infantiles, todo fué uno con rogar á su madre que indicase al padre de aquel le dejase en casa en calidad, más

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

que de sirviente, de compañero de los juegos y solaces propios de su edad y de su sexo, en el cual incluían al liliputiense.

Accedió, como era natural, el buen labriego á las primeras insinuaciones de su Señora, y hete aquí al Sr. Luis (así le llamaron más tarde) trasplantado de los valles y majadas que habían sido hasta entonces los limitados horizontes de su existencia libre é independiente, sin pasado, presente ni porvenir, á las estrechas exigencias de una vida para él completamente nueva en un hogar extraño; vida informada por costumbres y por usos antitéticos á los suyos propios, y por conveniencias, preocupaciones y miramientos de los cuales estaba ayuno.

Durillo y trabajoso debió de ser para aquel niño menudito, afeminado y con alma de hombre, el aprendizaje de los melindres é hipocresías de una educación culta y hasta refinada, entre damiselas que le consideraban sólo como muñeco, objeto de sus caprichos y de sus travesuras, y acaso como juguete propio á satisfacer curiosidades mujeriles incipientes.

En esta escuela no se desarrolló el cuerpo, pues éste permaneció estacionario, pero se forjó el espíritu, se formó el carácter del pigmeo con los elementos constituyentes de su levadura primitiva, ma-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

leados quizás y pervertidos por las influencias del medio y por los accidentes y las circunstancias que mediaron en su trato y comunicación con las señoritas, sus maestras, y que él estimó tal vez vejatorias á su dignidad de hombre, aunque pequeño, y deprimentes de su condición de sér humano.

*
* *

Pasó de la adolescencia á la edad viril sin que ninguno de los signos fisiológicos característicos de esta transición fuesen en él advertidos: pigmeo y niño era, y niño y pigmeo siguió siendo. La carne permaneció silenciosa, sin una sola manifestación de sus apetitos.

Las señoritas á quienes sirviera de entretenimiento, llegaron á la edad en que cada una habia de echar el ojo á otro muñeco á más altos fines destinado; y, conseguido, pasaron todas, ó casi todas, á nuevo estado (una sóla permaneció en el honesto) y abandonaron la casa materna: desde muy niñas estaban huérfanas de padre.

Al Sr. Luis se le destinó entonces á la fácil y poca molesta comisión de llevar, cuando ocurria, algún recado á quien era menester; y á la, para el pigmeo muy agradable, de ir dos veces por semana, caballero en un asno, á este servicio desti-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

nado exclusivamente, á traer de una hermosa hacienda que la Señora poseia en un pueblo de campo cercano, frutas y hortalizas para el regalo de la casa.

Sobre el pollino, gordo y reluciente por los cuidados y atenciones del que le montaba, enjaezado con primor y llevando sobre la silla limpias alforjas tejidas en el país con lana teñida de colores vistosos, formando caprichosos dibujos, se obstentaba orgulloso el pigmeo. Y á fe que cabalgaba en él gallardamente y que era un ginete consumado, á pesar de lo corto de sus piernas.

Gustábale al Sr. Luis llevar siempre al galope su montura, y con el látigo y la espuela le estimulaba de continuo, y también con ciertas cosquillas demasiado expresivas que, con una punta acerada en que terminaba el mango de su latiguillo, le hacia en la cruz de los remos delanteros. El borrico protestó en un principio, con brincos, coces y otros excesos, de las punzantes intimaciones de su caballero; pero, convencido al cabo de que era inútil, y de que éste no caia, ni cedía, se vió obligado á obedecer y á ir siempre á la carrera.

Cierto es que el jumento debia á su dueño, *pues por tal tenia al Sr. Luis*, cuidados singulares y hasta mimos. El pigmeo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2008

no le dejaba de la mano, y á diario dedicaba lo menos una hora á su aseo y compostura, con almohaza, cepillo y esponja; cuidaba de que no faltase nunca en su pesebre la fina paja ó la hierba; de darle á sus horas ración más substanciosa, y de regalarle de cuando en cuando con alguna que otra golosina: mendruguillo de pan, mazorca de maiz tierno ó terroncillo de azúcar.

El cuadrúpedo no pudo menos que mostrarse agradecido á tantas y tan señaladas muestras de deferencia y llegó á encariñarse con el hombrecito, manifestándole sus sentimientos con rebuznos entusiastas, siempre y cada vez que á la cuadra le sentía acercarse; con miradas tiernas y amorosas, cuando delante le tenia, y con esos movimientos de contracción de los belfos, simuladores de la risa en estos tan sufridos como útiles mamíferos paquidermos, y expresivos de su alegria y satisfacción.

***

Por esta época se acentuaron y determinaron en el Sr. Luis las características de su ente psicológico, y se mostró tal cual era ó le habian hecho las circunstancias de su vida de pastor libre é independiente, primero, de juguete, más tarde, de niñas mimadas y voluntariosas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Mostrábase con todos uraño y adusto y dejaba ver sentimiento invencible de aversión hácia los niños. Extremaba este sentimiento con las mujeres. No toleraba broma alguna de las criadas de la casa ó de las amigas de éstas; y cuando trataban de hacerle algún halago ó manifestación afectuosa montaba en cólera y las prodigaba los más duros ó infamantes epítetos. Tendria conciencia, sin duda, de su impotencia física para satisfacer los deseos ó apetitos que en la mujer pudiese despertar, y al sentirse solicitado por ésta recrudeceríase la irritación que esa impotencia le ocasionara y como ofensa ó injuria consideraría las insinuaciones amorosas de seres cuya existencia juzgaba inútil, y cuyo trato y comunicación íntimos lejos de tener para él aliciente y atractivo, le rebajaba y humillaba á sus propios ojos.

Difícil es determinar y puntualizar las sensaciones que en el corazón del pigmeo se desarrollarian al contacto de una hembra, pero lo cierto es que, por lo menos en la apariencia, se traducian en desvío y malquerencia.

Visitaba con algunos amigotes una taberna vecina á la casa de su ama; y de estas visitas y amistades resultaron *alegrías* y *chispas* que el bueno del Sr. Luis

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

cojia muy á menudo en los últimos años de su existencia.

Tenía la embriaguez quisquillosa y pendenciera, y era de ver al hombrecillo, dando traspiés, arremeter látigo en mano contra los granujas que, cuando le veían calamocano, le apostrofaban con algún apodo ó le tiraban piedras. Si en ese estado de embriaguez se juzgaba lastimado ú ofendido por algún hombre, así fuera más alto y forzado que un Goliat, nuestro pigmeo no se achicaba por eso, tiraba de un cuchillo pequeño, pero muy afilado, que con vaina de suela llevaba siempre á la cintura, *sujeto entre ésta y la pretina* del pantalón, y muchas veces la comedia hubiera terminado en tragedia á no huir el ofensor ó á no mediar en el lance las personas presentes.

Cuando estaba embargado por el alcóhol no conocía á nadie, ni á nadie respetaba; excepción hecha de la Señora su ama, cuyas reprimendas oía humilde y cabizbajo y con señales de arrepentimiento, hasta que lloraba amargamente y la borrachera se resolvía por la vía húmeda: quiero decir, por la vía de las lágrimas.

También respetaba y temía á un sacerdote que ejercía en la casa de su Señora funciones de administrador, el cual solía

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ÍNDICE.

Páginas.

*** VII
Introducción 5
El Boticario viejo 27
Clarita 45
Cuadros vivos 63
La Casilla del resguardo 99
Doña Marta 115
Una pareja 131
Dos tipos Callejeros 147
Pepe Placenta 159
La Doncella 173
El Sr. Luis 184

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

FE DE ERRATAS.

Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
13	Ultima	expontáneo	espontáneo
34	5	bello	vello
91	9	prepara	preparar
164	22	estrañamos	extrañamos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ESTE LIBRO
SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN EL DÍA
10 DE AGOSTO DE 1897,
EN EL ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE
"LA LAGUNA"
EN LA PROPIA CIUDAD.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009